

EL CORREO DE ULTRAMAR

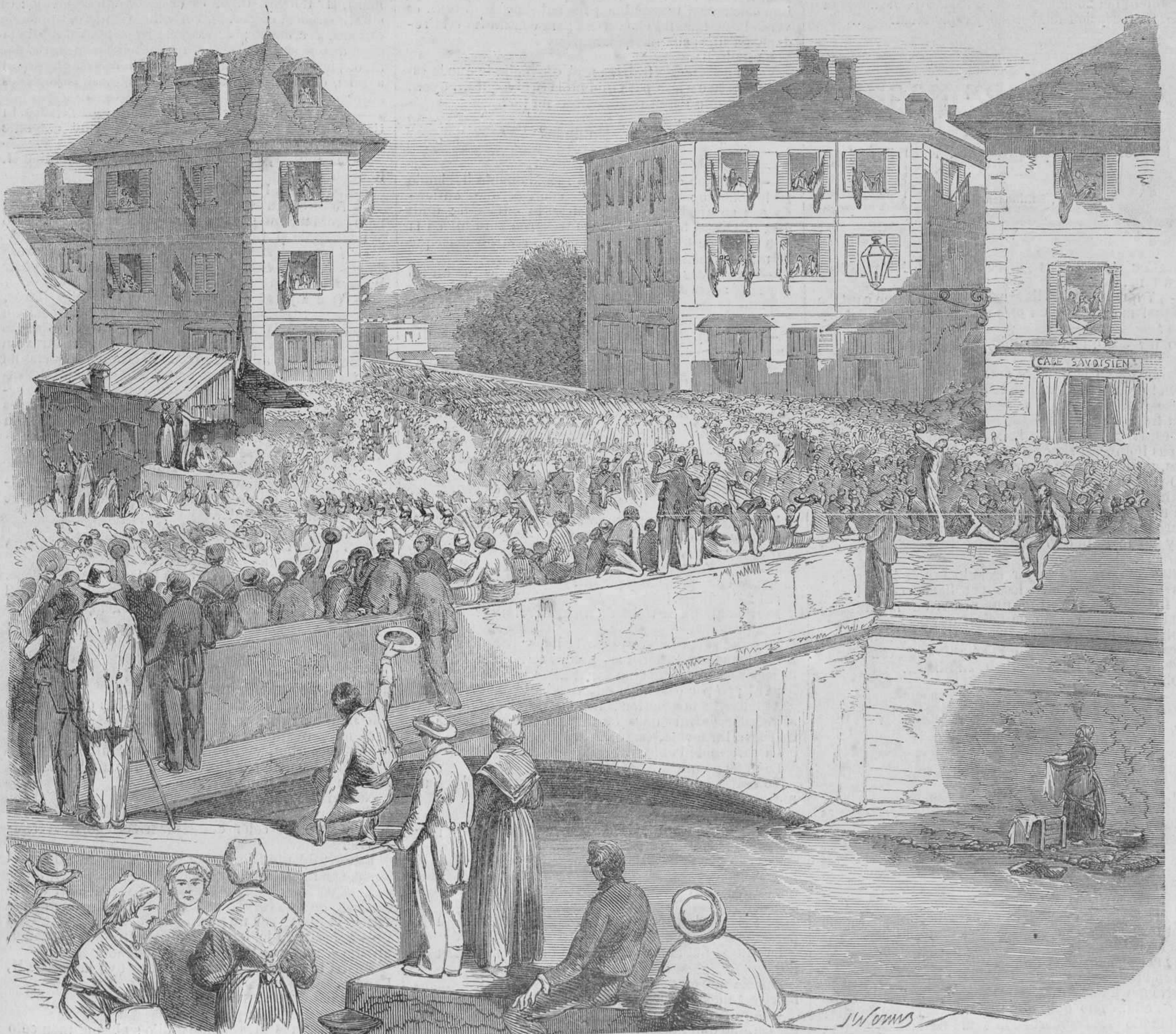
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris

AÑO 13. — N° 382.



ENTRADA DE LAS TROPAS FRANCESAS EN CHAMBERY POR EL PUENTE RECLU SOBRE EL LEYSSE, EL 28 DE MARZO DE 1860.

SUMARIO.

Entrada de tropas francesas en Chambery; grabado. — La Dama de noche. — Guerra de Africa; grabado. — Alegoría de la guerra de Italia; grabado. — Llegada de las tropas piemontesas á Toscana; grabados. — Revista de Paris. — El aire y el agua. — Al amanecer. — Zoraida ó el juicio de Dios. — Una excursion á Tetuan; grabados. — El doctor Antonio. — La Saboya; grabados. — La muerte de una hermana de la caridad; grabado. — La Virgen de las azucenas. — Revista de la moda. — Melancolía; grabado.

Entrada de las tropas francesas en Chambery.

El 28 de marzo entraron en Chambery dos compañías francesas del 80 de línea procedentes de Italia. Su llegada se había anunciado hacia días, y los habitantes habían podido preparar una magnífica recepción. Todas las casas estaban engalanadas con ramos, colgaduras y banderas. La guardia nacional formaba cerca del embarcadero. El puente del Reclu por donde debían pasar las tropas, estaba invadido por la muchedumbre.

La entrada de los soldados fué triunfal. Aclamados y festejados por la población entera, ellos correspondieron á estas manifestaciones con la mayor cordialidad. Al salir del ferro-carril la columna se puso en marcha en el orden siguiente:

La música de la guardia nacional abría la marcha. Seguían un grupo de oficiales franceses y las dos compañías formadas por secciones; cerraban el cortejo los destacamentos de la guardia nacional.

Al ver el entusiasmo de esta demostración popular, se puede asegurar que si existe en Chambery un partido anti-anexionista debe ser poco considerable, y ciertamente el 28 debe haber quedado bien desengañado. La recepción fué cordial y espléndida. X.

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuación.)

VI.

— ¿Con que era Margarita la dama del papellon? dijo á Luis.

— ¿Y quién otra podía ser una criatura que cantaba de aquel modo? ¿Quién otra que la serpiente del paraíso?

Yo me acerqué temblando, agitado por no sé qué emoción.

Margarita en la hamaca era...

¡Oh! no puedes figurarte lo que era en aquellos momentos Margarita.

Su traje de muselina blanca parecía una nube en que estuviera posada, de la cual salían su talle, su seno, sus hombros, su cuello, su cabeza, sus brazos de vinos, y parte de una pierna y un pie...

¡Oh! si tú la hubieras visto de aquel modo.... era una hada.... y aquellas trenzas sueltas.... y aquella rosa medio desprendida de sus cabellos...

Pero no te deseo que la veas, porque te volverías loco, y yo te estimo lo bastante para no desearte esa desgracia.

Estar loco por una mujer es la locura de las locuras.

Es preferible volverse loco por haber contraído la idea fija de que tiene uno una mosca en la punta de las narices que no se puede quitar de encima.

¡Oh! la mujer cuando se la ama de ese modo es una mosca venenosa que se le mete á uno en la cabeza.

Las alas de la mosca zumban, zumban...

¡Oh! ¡Dios mío!

VII.

Luis se detuvo de nuevo.

— Dame otro cigarro, me dijo.

Se lo di.

Lo encendió lentamente.

Yo me impacientaba con las continuas digresiones de Luis; pero no me atrevía á hacerle ninguna observación, porque para mí era indudable que Luis estaba loco.

— ¿Con que no te vistes? me dijo de repente.

— ¡Vestirme! ¿y para qué? le dije con extrañeza, porque no esperaba aquella salida.

— ¿Para qué ha de ser sino para ir contigo á casa de mi tío para darte á conocer á él como mi representante acerca de ciertos negocios?

— ¿Pero y la historia de tu encuentro con Margarita? repliqué.

— No me hables mas de ella, no quiero ocuparme mas de ella... ¿no oyes que me voy huyendo de ella?

Y me dió esta respuesta con suma irritación, de una manera inconveniente.

Yo no me atreví á contrariarle.

Llamé y mandé poner un carruaje.

Después me vestí.

Mientras me vestía, Luis se estuvo paseando meditando á lo largo del gabinete con el cigarro cogido entre los dientes y frotándose continuamente las manos. Cuando estuve pronto, se asió de mi brazo y tiró de mí.

Bajamos y entramos en el carruaje.

— Camino de Francia, hasta que te mandemos parar, dijo Luis á mi cochero.

— ¡Ah! ¿vive fuera de Madrid Margarita? le dije.

— Yo no sé dónde vive, me contestó; pero puede ser muy bien que viva fuera de Madrid, porque fuera de Madrid están los cementerios.

Aquella respuesta de Luis tratándose de la Dama de noche me causó una impresión fría, especial, indescribible: me estremecí.

Luis se recostó sobre el ángulo del carruaje embozado en su abrigo y guardó silencio.

De tiempo en tiempo su entrecejo se plegaba y sus labios se movían como dando salida á palabras mudas, por decirlo así; á palabras sin sonido.

Mientras estuvimos dentro de la población Luis permaneció replegado en el ángulo del carruaje.

Yo sentía una viva impaciencia porque Luis continuase dándome noticias acerca de Margarita.

Pero prefería que aquellas noticias viniesen á mí por una de aquellas oscilaciones extrañas de su pensamiento.

Sin embargo, no habló una palabra ni se movió hasta que salimos fuera de la puerta de Fuencarral.

El día estaba triste y nublado, y llovía de una manera pesada, silenciosa, sin intermision.

— Me gustan estos días que lloran, me dijo sacando la cabeza descubierta por el claro de la portezuela cuyo cristal había bajado: el llanto del cielo me refresca la cabeza: la esponja que tengo dentro de ella se empapa, se ablanda, deja de ser rígida. ¡Oh! ¡oh! me siento bien... muy bien: me parece que voy á disponer de una elocuencia invencible para hablar con mi tío... es verdad que toda mi elocuencia para con mi tío está reducida á unas cuantas palabras.

A una fecha.

Voy á decirte esa fecha... será conveniente que la escribas en tu cartera para que no la equivoques... oye... ¿no dices que tienes negocios con mi tío?

— Sí.

— ¿Negocios de dinero sin duda?

— Sí.

— ¡Y se resistirá á darte dinero!...

— Yo no me entiendo con él: rigidamente hablando no le conozco: sé que es mi acreedor, pero me entiendo con su apoderado. Es un negocio enfadoso: unos diez mil pesos fuertes que le entregaron para mí en la Habana, y de los cuales no he podido realizar mas que algunas pequeñas cantidades.

— ¡Ah! pues te voy á indicar el modo de que mi tío te pague: saca tu cartera y escribe.

Saque la cartera.

— Veinte y cinco de mayo, dijo Luis.

— Bien; ¿y qué? le respondí viendo que no continuaba.

— ¡Qué! ¿te parece poco? Veinte y cinco de mayo.

— Te juro que no te entiendo.

— ¿No te he dicho ya que para hacer de mi tío lo que se quiera, no hay necesidad mas que de hacerle oír una fecha?

— ¡Ah!

— Pues bien; esa fecha, esa terrible fecha, ese talisman horroroso es el 25 de mayo.

— ¿Y con decir esto á tu tío se obtiene de él...?

— Todo.

Me apresuré á estampar aquel talisman, según decía Luis, en una hoja de mi cartera.

Desde que supe que Margarita debía vivir con aquel hombre, todo lo que para con aquel hombre me diese influencia era precioso para mí.

¡El 25 de mayo!

¿Sería aquella la fecha de un gran crimen?

Era probable.

¿Porqué sabía Luis aquella fecha, y porqué su continua faena de frotarse las manos como pretendiendo hacer desaparecer de ellas sangre.

¡Ah! ¡yo por desgracia encontraba lógico aquello!

Al hacerme la anterior reflexión vi que en mis dedos al rededor de mis uñas en mi mano izquierda había una leve línea roja, casi negra.

La sangre de Pablo.

Le maté de miedo.

Yo sentía también la necesidad de frotarme las manos.

Aun creo que me las froté.

Luis y yo continuamos largo tiempo en silencio preocupados por nuestro pensamiento.

— Creo que hemos llegado, dijo Luis asomándose á la portezuela: vamos, ya lo creo, y aun hemos pasado: tengo la cabeza dada al diablo: vuélvete, dijo al cochero.

Se volvió el coche, y Luis continuó asomado á la portezuela con la cabeza descubierta.

La lluvia había arreciado y caía sobre la cabeza de Luis.

Parecía que en vez de molestarle la lluvia le agradaba el ser mojado por ella.

— Aquí, dijo al cabo de diez minutos: tuerce, toma ese camino de la derecha y dirígete á aquel cercado de tapias oscuras y bajas.

El coche entró por un estrecho camino, ó mas bien por una estrecha ruta marcada sobre las tierras de labor.

VIII.

El carruaje se detuvo bajo un cobertizo delante de un portalon enorme. Juan saltó del pescante y abrió la portezuela para tomar órdenes.

— Tira con fuerza de la cadena de la puerta, le dijo Luis.

Juan tiró; pero por mas que tiró no se oyó el sonido de ninguna campanilla.

— Señor, dijo Juan, esto no suena.

— Si suena, dijo Luis; solo que no se oye aquí el sonido. La puerta está en la cerca, y de la puerta á la casa hay un tiro de fusil: de aquí allá hay un alambre que pone en movimiento una especie de esquilon; ese esquilon está en la cocina, y la cocina está al otro lado de la casa que es enorme: ¿cómo quieres que se oiga aquí el esquilon?

— ¡Ah! de ese modo, señor, ya comprendo, dijo Juan: entonces no llamo mas.

— No, hombre, no, respondió Luis: ya has llamado bastante y aun demasiado, aunque no importa, porque siempre que yo vengo me anuncio ruidosamente: ya habrán conocido en la manera de llamar que yo soy el que llamo, á pesar de lo cual tardarán diez minutos en venir á abrir. Si llamara otro tardarían una hora larga: todo consistirá en que M. Rouget está en el momento grave de la confección definitiva de un plato de pretensiones.

— ¡Cómo! dije á Luis con extrañeza; ¿caso tu tío no tiene mas criado que un cocinero?

— Te diré: M. Rouget (ya sabes que rouget en francés es lo mismo que salmon en español).

— Sí, hombre, sí; adelante.

— Pues bien, M. Rouget (cuando le veas te convencerás de cuán bien aplicado está en él el apellido salmon), M. Rouget, digo, es el factotum de mi tío: es administrador, cajero, mayordomo, cocinero, ayuda de cámara, secretario; desempeña todos los cargos de la casa que necesitan una gran confianza de parte del amo, pues que mi tío dice, y no sin razón, que aquel á quien entregamos nuestro estómago, se lo podemos entregar todo.

— Pero en una palabra, ¿no tiene mas criados tu tío? En ese caso, ó tu tío es la persona menos exigente del mundo, ó M. Salmon...

— M. Rouget, Andrés, M. Rouget, el honorable M. Rouget.

— Bien: ó M. Rouget es la actividad misma.

— Te diré: en la casa hay una docena de criados; pero propiamente dicho, no son criados de mi tío, sino ayudantes de M. Rouget.

— Y bien; ¿porqué en vez de hacer esperar á causa de sus ocupaciones á quien llama, no envía á abrir M. Rouget á uno de sus ayudantes?

— ¡Qué dijiste! ¡horror! Ya verás cuántas llaves, cerrojos y candados se abren y se corren y rechinan cuando venga M. Rouget: ni la puerta del calabozo mas citado de la difunta Bastilla, estuvo, me atreveré á afirmarlo, tan afianzada como lo están las puertas de la casa de mi tío: el cargo de portero es el mas delicado de todos los cargos que se acumulan en el digno señor Rouget: como que mi tío dice: si mi cocinero es capaz de envenenarme, no tiene necesidad de abrir la puerta á asesinos ni ladrones: aquel á quien se le entrega el estómago, se le debe entregar todo.

— ¿Pero porqué tiene tu tío tanto miedo?

— ¿Has visto á algun avaro que no sea cobarde, algun malvado que no tenga miedo, algun asesino que no tema ser asesinado?...

— ¿Pero tu tío, Luis?...

— Sí, hijo, sí, dijo mi amigo frotándose una mano contra la otra como lady Macbeth.

Un doloroso e-calofrío corrió á lo largo de mi cuerpo.

Luis se había reclinado de nuevo en el ángulo del carruaje, y permanecía inmóvil y silencioso.

IX.

Yo iba perdiendo la paciencia.

Habían pasado no ya diez minutos sino quince desde que Juan había tirado del llamador.

Al fin oí rechinar una llave.

Miré al porton, y ví abrirse un ventanillo.

Despues asomar por aquel ventanillo una cabeza.

Reconocí á M. Rouget.

No podía equivocarme.

El color de aquel semblante moftetudo era enteramente igual al color del salmon cortado transversalmente.

Este semblante frío en la expresion y ardiente en el color, semblante de bajo-relieve por decirlo así, atendida la poca saliente de las formas, venía á ser el hemisferio de una cabeza pequeña y completamente esférica, cubierta por un gorro blanco.

— Señorito, dijo aquella cabeza en buen español, apostaría á que es Vd. el que ha llamado.

Estaba Luis tan abstraído, que no oyó la voz de M. Rouget.

Yo le llamé la atención.

Luis se asomó á la portezuela.

— ¡Ah! ¿eres tú, tunante? dijo: abre al momento y prepárate á darnos de almorzar.

Y saltó fuera del carruaje.

— ¡Qué modo de tratar al digno M. Rouget, Luis! le dije bajando tras él, mientras M. Rouget, á juzgar por el ruido, corría apresuradamente cerrojos y fiadores.

— Es que le trato con cariño, me dijo Luis: pero ¡diablos! volvámonos al carruaje: el piso desde aquí á la casa estará infernal: no sé cómo no he pensado en ello... mi cabeza... ¡oh! mi cabeza.

Y se metió de nuevo en la carretela.

Yo entré también.

Me había puesto como quien dice á las órdenes de Luis; ó por mejor decir, me había contagiado Luis haciéndome sentir como por reflejo su estado moral.

X.

M. Rouget abrió de par en par el portalon, y Antonio metió por él el carruaje.

M. Rouget se quedó de nuevo cerrando cerraduras, cerrojos, barras y candados.

Por curiosidad miré á derecha é izquierda.

Aquello no era, había sido un jardín.

Las malvas locas, las ortigas, la yerba ercían por todas partes.

Los cuadros destinados á las flores habían sido borrados por aquella vegetación inculta.

Asientos volcados acá y allá, trozos de estatuas arrojados por tierra, fuentes casi superadas por las ortigas y los arbustos, un jardín en ruina en una palabra, desvenecados los parrales, borradas las calles, sin una flor, sin una corriente, sin un árbol...

Aquello causaba tristeza y miedo, porque aquel jardín era ó parecía ser un prólogo destinado á anunciar una desolación semejante en el interior.

El carruaje había llegado junto al peristilo de una gran casa cuya puerta estaba herméticamente cerrada, y M. Rouget aun no había acabado de afianzar por completo el portalon de la cerca.

Luis había caído de nuevo en su abatimiento, y yo me entretuve en examinar el aspecto de la casa.

Constaba de piso bajo y superior.

En el piso bajo en el centro de la fachada había una puerta de piedra herroqueña, de gran relieve, de gusto churrigueresco, sobre tres gradas cuyos sillares se habían desencajado, movido, inclinado: la piedra había adquirido un color gris, frío, áspero, musgoso, y sus dos hojas de nogal tachonadas de grandes clavos esféricos estriados, estaban secas, abiertas, teñidas de un color semejante al de la piedra del marco de la puerta.

A un lado y otro de esta en las dos alas de la fachada se veían en el piso bajo diez rejas voluminosas, con coronamiento del mismo gusto churrigueresco, mohosas, corroidas, añejas.

Sobre la puerta había un enorme balcón volado sostenido por cariátides de un gusto deplorable, y sobre este balcón llegando hasta el tímpano del pórtico un enorme escudo de armas corroidas, grises, inexplicables.

Sobre cada reja del piso bajo había en el superior un balcón.

Sobre estos balcones corría un cornisamento mellado.

Correspondiente á cada una de aquellas mellas había en la fachada un largo chorreon verdinegro, causado por las cien lluvias de cien inviernos.

A pesar de estas largas manchas, de estos largos sudarios, podía adivinarse que aquella casa, que aquel palacio en sus buenos tiempos debió tener pintada al fresco su fachada.

Tanto los balcones como las rejas tenían las maderas cerradas, y solo abierto en ellas un ventanillo cubierto por un vidrio sucio y polvoriento.

Muchos de estos vidrios estaban rotos.

Aquella casa daba tristeza, frío, miedo.

XI.

M. Rouget apareció al fin.

Traía abierto un enorme paraguas de tela de algodón, que debió ser encarnada, pero que había venido á ser de color de hoja seca podrida.

Debajo de aquella tienda de campaña ambulante se veía la barriguda personilla de M. Rouget, vestida con una blusa azul, unos pantalones de color indefinible, y cubierto por delante desde el cuello hasta los pies con un ancho y limpio mandil blanco.

M. Rouget metió una llave en la puerta de la casa y abrió un postigo.

— Vamos, señorito don Luis, dijo M. Rouget, la puerta está franca.

Luis y yo nos echamos fuera del carruaje.

— ¡Ah! pillastre de Rouget, dijo Luis tirando cariñosamente de una oreja al factotum de su tío y entrando en un ancho y frío vestíbulo embaldosado de mármol: ya han pasado algunas horas desde que no nos hemos visto.

— Tantas cuantas tienen dos años: sí, me parece que la última vez fué en la Habana.

— Creo que sí.

— ¿Y de donde viene el señorito?

— De Norte-América.

— ¡Ah!... pero, don Luis, el portal está frío como un hielo: á la estufa, á la estufa.

— Espera un poco: que lleven el carruaje á las cocheras.

— ¡Piensa Vd. permanecer mucho tiempo en el pa-

lacio según veo! dijo M. Rouget mirando á Luis con ese candor afectado que denuncia á los pícaros.

— No lo sé.

— Bien: ¡Francisco! ¡Francisco!

Apareció un criado con una librea inmejorable.

— Además, dijo Luis, que lleven á los criados á la cocina y les den de almorzar.

— Muy bien.

— Ahora al comedor, Salmonete amigo.

— Rouget si gustais, don Luis, dijo el hombrecillo tomando por una inmensa puerta á la derecha.

Atravesamos una antesala desgarnecida, y después empezamos á atravesar uno tras otro salones cuyas alfombras parecían deshacerse bajo nuestros pies: cuyos muebles cubiertos de polvo, deslustrados, denegridos los dorados, representaban una remota antigüedad; rasgadas las tapicerías, desconchados los techos.

Ninguno de estos salones tenía mas luz que la que penetraba por los ventanillos cubiertos por cristales empañados que se veían desde fuera.

XII.

Pero al abrirse una nueva puerta cambió de repente la decoración.

Primeramente halagó nuestros miembros arreídos un suave, tibio y perfumado ambiente que salió por la puerta.

Después al entrar no pudo menos de sorprenderme lo elegante, lo bello, lo sencillo; el buen gusto del aposento en que entramos.

Las paredes estaban cubiertas de magníficos cuadros, de obras maestras: en los ángulos se veían trofeos de guerra y de caza: sobre consolas antiguas en las que se apoyaban grandes espejos de Venecia con marcos de acero bruñido, bronceos antiguos, relojes admirables; dos aparadores cargados de vajilla de plata y de cristalería con incrustaciones bellísimas; lámparas con bombas de alabastro, y en el centro una mesa cubierta y adornada con un gusto perfecto.

En un ángulo de este comedor había una ancha escalera de caoba en espiral con balastrada de bronce dorado, cuyos escalones estaban cubiertos como el resto del comedor por alfombra de Aubusson.

A un lado había una magnífica chimenea de mármol sanguíneo, y en ella la madera que ardía era cedro.

Frente de esta chimenea había una gran ventana cerrada con un solo cristal de Venecia.

Me acerqué á aquella ventana.

Desde ella se veía un pequeño y delicioso jardín, perfectamente cuidado, y á su fondo un invernadero.

Al fin encontraba en el palacio algo que era bello y rico; algo que tenía vida, y una vida ardiente.

M. Rouget no había pasado de la puerta, y con la gorra en la mano dejando ver una gran calva, á cuyos lados colgaban unos mechones de cabellos rubios, como el rubio de las hebras de la panocha, parecía esperar órdenes.

— Necesitamos un almuerzo compuesto de esos guisos inventados por tí y á los que has dado tu nombre, como los naturalistas dan el suyo á los insectos que creen no ha descubierto nadie hasta ellos; por ejemplo: riñones á la Rouget: salmones á la Rouget...

— Es decir, señorito don Luis, Rouget á la Rouget.

— Eso es: un almuerzo completamente á la Rouget: excepto el agua cuyo privilegio de invención conserva Dios; y los vinos, y el ron.

— ¿Va á permanecer el señorito?

— No lo sé.

— Mandaré preparar aposento para el señorito y para el señor.

— Mas tarde: ahora, por el momento, el almuerzo: ¡ah! envíame cigarrillos y ron.

— Muy bien, señorito.

M. Rouget se inclinó y salió cerrando la puerta.

— Lléveme el diablo, exclamé, si ese bribón no ha echado la llave.

— ¿Y qué importa? dijo Luis: no es esa la puerta por donde nos han de servir... ¡ah! ¡ella!... ¡ella!... ¡está aquí!...

Y Luis pronunció las últimas palabras con espanto.

XIII.

La causa de la exclamación de Luis lo había sido el preludio de un piano que había resonado de repente sobre nuestras cabezas.

Aquel preludio que había aterrado á Luis, causó en mí una impresión extraña, por lo dulcemente sentida, por un no sé qué misterioso que había comunicado á todo mi ser.

— ¿Y quién es ella? dije á Luis dominando mi emoción.

— La Dama de noche, me contestó con voz apenas perceptible.

— ¿Y por qué ha de ser ella y no otro? ¿por qué una mujer y no un hombre? ¿por qué no ha de ser tu tío?

— ¡Mi tío! valdría lo mismo creer cuando se oye el canto del ruiseñor que aquel canto había sido producido por un grajo: es ella, sí, es ella... yo conozco su alma... ¿no oyes?

El preludio seguía como producido por una mano distraída que recorriese el teclado del piano, arrancando de él débiles, suspirantes armonías.

Luis y yo callamos.

De improviso el preludio se transformó en canto: poco después de haber cantado el piano, una voz humana,

una voz de ángel desterrado, cantó con una expresión, una dulzura y un sentimiento infinitos el aria *Castadiva*.

De repente Luis se levantó y se lanzó á las escaleras en espiral desapareciendo en su ascenso.

Poco después asomó á lo alto la cabeza, y me dijo en voz baja:

— Ven.

La voz de ángel seguía cantando.

Yo subí dominado por una fascinación poderosa.

Cuando estuve en lo alto de las escaleras, Luis me dijo asíéndome de la mano:

— Contén hasta tu respiración.

Y me llevó de puntillas por un corredor alfombrado y corto, al fin del cual había una puerta cubierta por un tapiz.

Luis me indicó una abertura de aquel tapiz.

Miré por ella.

En un gabinete blanco como no he visto ninguno, tan bello, tan encantador, tan incitante, sentada delante de un piano había una mujer mil veces mas bella é incitante que el gabinete.

Estaba vestida de blanco con sencillos adornos azules.

Sus cabellos rubios estaban recogidos como un tesoro en una redicilla.

Su talle flexible se inclinaba, vibraba, se estremecía siguiendo la lánguida inflexión de la música mas inspirada de Bellini; sus brazos incomparables descubiertos hasta la mitad, ocultándose desde allí entre bellísimos encajes, completaban la magia de su voluptuosa actitud; era Margarita: era la Dama de noche.

Luis y yo mirábamos cada uno por un lado del tapiz, perfectamente ocultos por él.

Entrámbos estábamos dominados, como retenidos, como absorbidos por la irresistible magia que se desprendía de Margarita.

Ella seguía cantando, sin apercibirse de nuestra proximidad.

Tenia levantado el semblante como buscando el cielo á través del techo del gabinete.

¡Y qué expresión la de sus incomparables ojos azules!

¡Qué alma tan bella, tan apasionada fluía de ellos!

Dos lágrimas transparentes corrían sobre sus mejillas pálidas, y cuando aquellas dos lágrimas se habían evaporado, otras dos lágrimas rodaban lentas por aquellas mejillas mas blancas, mas mórbidas que el alabastro.

XIV.

De repente se levantó un tapiz de una puerta situada frente á la en que nos encontrábamos, y sosteniendo con una mano trémula el tapiz, se dejó ver un hombre alto, flaco, cubierto de los hombros á los pies por una bata negra, entre cuyas anchas mangas se perdían sus brazos descarnados.

La cabeza que se levantaba sobre aquellos hombros, unida á ellos por un cuello flaco, rugoso, áspero, repugnante, era horrible.

Una montaña de cabellos canos, espesos, erizados como el cuero de una hiena, determinaban la parte superior de una cabeza de frente deprimida, surcada por arrugas impuras; frente que parecía estigmatizada por una maldición.

Bajo sus cejas salientes relumbraban sus ojos febriles, fijos con una expresión repugnante, ansiosa en Margarita que no se había apercibido de su presencia.

Sus pómulos pronunciados parecían marcarse mas á cada momento, temblaban sus mejillas lívidas, y su boca contraída estaba orlada por una ligera espuma.

Aquel hombre parecía un espectro maldito.

XV.

— ¡Canta! ¡canta! dijo al fin con una voz cuyo sonido ronco era muy semejante al estertor de un moribundo: ¡canta, Margarita! ¡mi sobrino ha venido! ¿no le has visto?

La voz de Margarita se apagó.

El piano abandonado de improviso por sus manos gimió levemente, y al fin se apagó también su gemido.

XVI.

Margarita se puso rápidamente de pié, y tomó la actitud de quien á la vista de una fiera se prepara á la defensa.

Margarita en aquellos momentos aparecía fiera, y con su fiereza su hermosura había crecido hasta hacerse irresistible.

El hombre de la bata negra la miró asombrado: sus mejillas aumentaron su palidez, tembló todo, dejó el tapiz que había sostenido hasta entonces, y avanzó hacia Margarita.

Margarita dió un paso atrás, se llevó la mano al cuello y se le abarcó.

Su mano sobre su cuello había tomado la posición que hubiera podido tomar la mano de un asesino para estrangular á su víctima.

El hombre se detuvo, miró con espanto á Margarita, se llevó las manos á la cabeza como si hubiera sentido en ella un golpe formidable, lanzó un alarido espantoso, uno de esos alaridos que es necesario escuchar para comprenderlos, y huyó por la misma puerta por donde había entrado.

Margarita permaneció aun durante un segundo en la actitud que había tomado, se quitó después la mano

del cuello, y tranquila como si lo que acababa de suceder hubiese sido un hecho á que por su frecuente repeticion estuviese acostumbrada, salió del gabinete por la misma puerta por donde habia salido aquel hombre.

XVII.

Me perseguia lo extraordinario. Empezaba á desconfiar de mí mismo. Me parecia que no estaba en el mundo real, sino en un mundo extraño poblado de fantasmas.

Miré á Luis y vi que estaba pálido, convulso.

— ¡Ah! murmuraba hablando consigo mismo: ¿con que además del 25 de mayo, tiene mi tío otro recuerdo de que saca partido Margarita haciendo el ademan, la pantomima de una mano que estrangula? ¡Ah! ¡ah! ¡mi tío estrangulador! ¡ya! ¡ha estado mucho tiempo en la India! Pero ¿quién seria el estrangulado! ¡otro misterio! ¡Ah! ¿estás ahí, Andrés?... ¿pero has visto, hijo? Esto es para volverse loco. Mi tío es un ogro, y voy temiendo que Margarita no sea un alma del otro mundo: un vampiro.

Y se precipitó por las escaleras. Bajé tras él.

XVIII.

En medio del comedor con una fuente de plata de la que se levantaba el vapor de un guiso, estaba M. Rouget inmóvil, pintada la atencion mas cándida, mas inofensiva del mundo en su rechoncho semblante color de salmonete.

Era la figura mas grotesca que darse puede.

A pesar de esto, bajo la calma alegre, jovial de aquel semblante veia yo algo que me incomodaba, algo que me era sumamente antipático.

—Vamos, dijo poniendo la fuente sobre la mesa, lo que no se pierde se encuentra.

— ¡Ah! ¿y qué se ha perdido? dijo Luis.

— Usted, señorito, y su señor amigo han estado perdidos para mí durante un momento.

— Ven acá, bribon, dijo Luis asiendo á M. Rouget de una oreja: ¿me negarás ahora, como me lo has negado otras veces, que hay una mujer en la casa?

M. Rouget desasió con sus dos manos la mano de



EL GENERAL GASSET.

Luis que le asia la oreja, y le miró abriendo mucho los ojos y sonriendo siempre, y le dijo:

- En casa, que yo sepa, no hay ninguna mujer.
- ¡Cómo que no! ¿y la que acaba ahora mismo de cantar?
- No he oido nada.
- Nosotros la hemos visto.
- Pues no sé.

— Te he ofrecido dinero otras veces y has callado: ahora no te ofrezco dinero: te voy á dar una paliza hasta que hables.

(Se continuará.)

Guerra de Africa.

EL GENERAL GASSET.

El brigadier don Manuel Gasset nació en Gerona el 28 de febrero de 1814. Sus campañas son numerosas. Está condecorado con la orden de San Fernando y con la cruz de la batalla de Gra y del asalto de Solsona; por la batalla de Peracamps recibió una medalla honorífica en razon á sus brillantes servicios, y además es caballero de la orden de San Hermenegildo. En mayo de 1859 era comandante general de la plaza de Ceuta. J. DEL P.

Alegoria de la guerra de Italia.

El señor Giacomelli ha tenido el honor de presentar al emperador un album aceptado por S. M., y que contiene diez y ocho grandes dibujos á la aguada. Este album está precedido de un dibujo alegórico que reproducimos aquí y cuya explicacion es está: — Napoleon III, en el centro de la composicion, es coronado por la Victoria, en tanto que la Fama se lleva á la boca la trompeta. A la derecha del emperador se adelantan, conducidas por la Esperanza, las provincias no libertadas aun, Parma, Módena, Florencia y Bolonia; el segundo grupo del mismo lado representa á la Sicilia que se despierta, á Nápoles que duerme y á Roma envuelta en tinieblas; debajo están los monstruos de la Discordia. A la derecha del emperador, el Piamonte da la mano á la Lombardia, que muestra con tristeza su hermana Venecia cuyas provincias están encadenadas. La composicion está encerrada en el arco iris con los tres colores franceses, y en cuyo centro se destaca radiante el año 1859. El autor, al agrupar con habilidad sus personajes, ha evitado la frialdad ordinaria de estas composiciones. Por lo demás, ¿el dibujo del señor Giacomelli no representa mas bien una realidad que una alegoría?

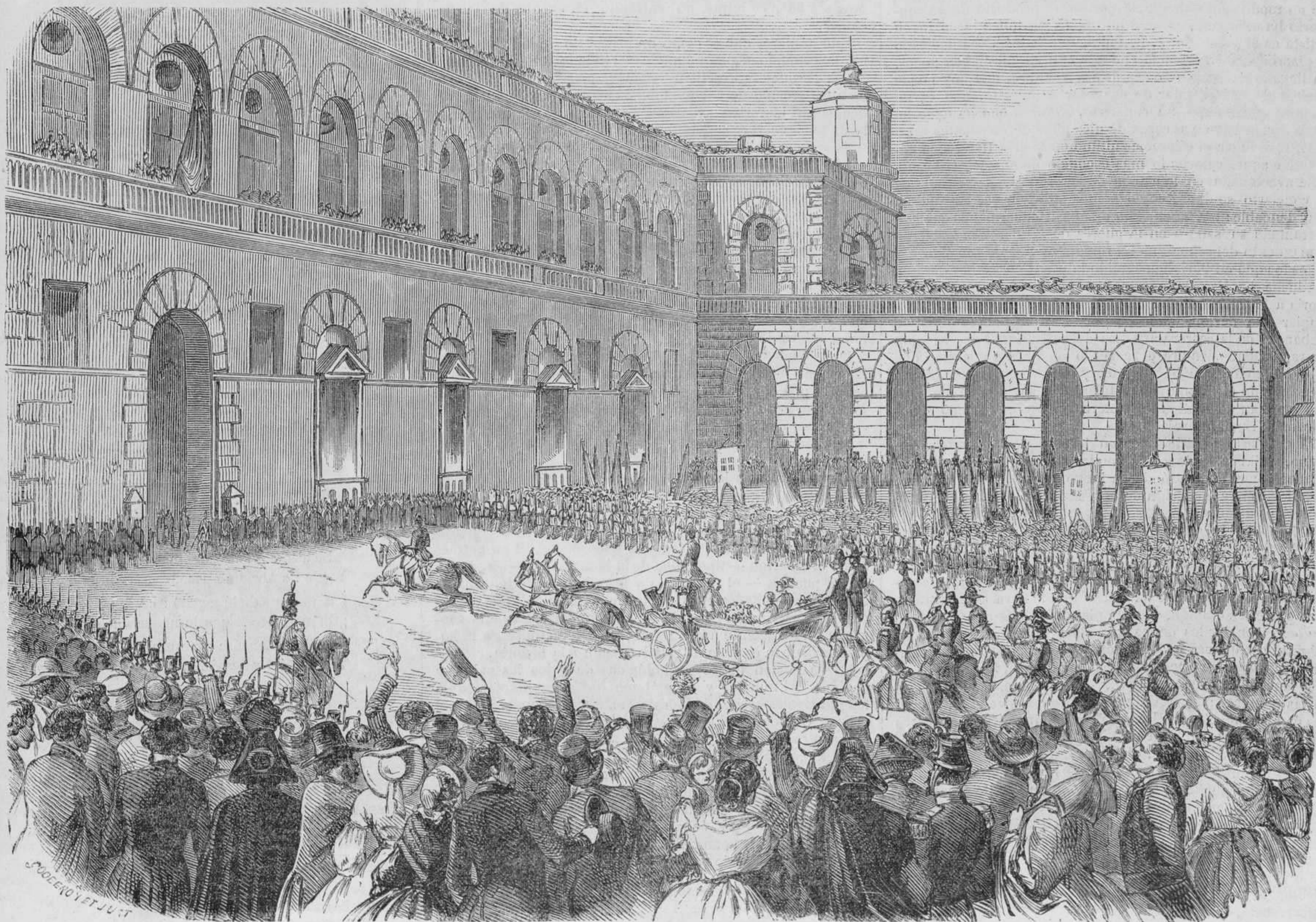
F.



ALEGORIA DE LA GUERRA DE ITALIA. — FRONTISPICIO DE UN ALBUM REGALADO Á S. M. EL EMPERADOR POR EL SEÑOR GIACOMELLI.



DESEMBARCO DE TROPAS FRANCESAS EN LIORNA, EL 27 DE MARZO DE 1860.



ENTRADA SOLEMNE DEL PRINCIPE DE SABOYA CARIÑAN EN FLORENCIA, EL 30 DE MARZO.

Llegada de las tropas piamontesas á Toscana.

ENTRADA EN FLORENCIA DEL PRINCIPE DE CARIÑAN.

Habiéndose encontrado retrasada por el mal estado del mar la llegada del príncipe Eugenio de Saboya Cariñan y de las tropas piamontesas que debían tomar posesión de la provincia agregada, hasta el 27 de marzo por la mañana no entraron en el puerto de Liorna las siete fragatas de la marina sarda que traían á bordo varias compañías de bersaglieri con algunos regimientos de granaderos.

El 28 de marzo á las cinco de la tarde las tropas piamontesas mandadas por el general Durando fueron recibidas en la estación del ferro-carril de Florencia por el comandante de la guardia nacional el señor Penzi, rodeado de su estado mayor. La entrada de las tropas fué triunfal, en medio de una inmensa muchedumbre que salió á su encuentro hasta la puerta *Al Prato*. En toda la carrera las casas estaban adornadas, y la gente aplaudía y gritaba diciendo: *¡Vivan los héroes de San Martino!*

A las tres de la tarde del siguiente día, S. A. R. el príncipe Eugenio de Saboya Cariñan hizo su entrada solemne en Florencia, que tenía el aspecto de un día de fiesta. La muchedumbre estaba mas compacta aun que la víspera; y en medio de las mismas aclamaciones, el cortejo de los coches se dirige por las calles principales á la residencia real del príncipe Pitti, elegida para morada del príncipe. En el número de las banderas que figuran en el cortejo, se distingue la de los refugiados venecianos, con la efigie del león de San Marcos y velada con un crespon. Su vista excita una viva emoción. Por la noche toda la ciudad estaba iluminada.

Describir el entusiasmo público sería imposible. El 29 el príncipe dió una proclama anunciando á los toscanos su misión. El nuevo lugarteniente felicita en ella á las poblaciones toscanas por la constancia que demostraron en el difícil período de la *resurrección* italiana, y los animaba á perseverar en los sentimientos que han hecho hasta el día la fuerza de la Italia.

X.

Revista de Paris.

Hemos prometido á nuestros lectores no ocuparnos nunca del infinito número de conciertos que se dan en Paris todos los años en la actual temporada, y hoy sin embargo vamos á faltar á lo prometido por una doble razón, porque se trata de un joven compatriota que se ha dado á conocer en Paris de un modo sobresaliente, y porque el producto de su concierto ha sido consagrado á un objeto patriótico. Este joven artista es el señor don J. B. Pujol, que habiéndose dedicado al piano desde su infancia con una aptitud que tienen pocos, ha llegado á colocarse en su arte á tal altura, que hoy puede decirse de él sin tratar de exagerar su mérito, que es un pianista consumado. Su concierto, primero que ha dado en Paris donde lleva ya cerca de diez años de constantes estudios, tuvo lugar el miércoles último en la sala Herz, que encerraba aquella noche lo mas escogido de la sociedad española vecindada en la capital de la Francia. Es verdad que el concierto se daba, como hemos indicado ya, con un fin muy laudable: era á beneficio de nuestros hermanos que han derramado su sangre en la guerra de Africa, y el generoso llamamiento del señor Pujol no podia menos de ser oído por todos los que en Paris han sentido latir sus corazones durante esa lucha heroica de nuestros soldados que ha cubierto de gloria á la madre patria. No podíamos insistir bastante en elogiar esta accion, que por tantos conceptos es digna de alabanza; en la carrera artistica del señor Pujol que se abre ahora, brillará siempre el recuerdo de aquella noche en que se dió á conocer públicamente, y obtuvo su primer triunfo consagrando el premio de su talento al socorro de los heridos que han combatido tan valerosamente por vengar el honor de la España ultrajada.

El concierto principió por un terceto de Beethoven, con piano, violin y violoncelo, por los señores Pujol, Lebrun y Poencet, que demostró desde luego en el señor Pujol una seguridad en la ejecucion de esta música clásica que le valió merecidos aplausos.

Siguió un duo del *Tancredi* cantado por la Finoli, artista italiana de bastante mérito que no había cantado todavía en Paris, y por el señor Morini, de los Italianos.

Después oímos una fantasía sobre *las Vísperas sicilianas*, compuesta y ejecutada por el señor Pujol. Para decir francamente nuestra opinion, en esta pieza es donde el señor Pujol pudo lucir mejor los dones que caracterizan su talento. La originalidad del señor Pujol consiste en una aptitud particular para adaptarse á todos los estilos; de aquí la variedad en su ejecucion que llena maravillosamente todas las exigencias de las maneras mas distintas: lo mismo vence las dificultades de Listz, que las de Herz, las de Chopin y demás maestros conocidos. En la fantasía de *las Vísperas sicilianas*, composición suya, el señor Pujol, dió mas de una prueba de esta facilidad extraordinaria, que no hemos vacilado en calificar como una originalidad, es decir, como un talento único.

La primera parte concluyó con una aria del *José* de Mehul, cantada con mucha expresión por el señor Morini, y un concierto de Weber por el señor Pujol, acompañado por la orquesta del Teatro Italiano, dirigida con toda perfección por el señor Frigola, joven compositor catalán de grandes conocimientos. Esta pieza magistral produjo el mayor efecto en la concurrencia.

La segunda parte comenzó con un coro llamado *la Nacional* compuesto expresamente para este concierto por otro

compatriota, el señor Valenti, que se ha dado á conocer en Paris hace ya tiempo con la publicación de algunas composiciones. El coro estuvo bien cantado, y su música no carece de arranque patriótico.

La señora Finoli fué aplaudida despues en la cavatina del *Barbero*, y por último alternando con otras piezas que sería largo enumerar, tocó el señor Pujol un difícil estudio con la mano izquierda; un capricho sobre el *Trovador* compuesto por él; un wals de Chopin y un bolero, recibiendo á cada una de estas piezas repetidos aplausos del público que no se cansaba de oírle y admirarle.

El señor Pujol puede estar satisfecho; la prueba pública ha correspondido á lo que sus amigos esperaban de él, y por ello le felicitamos cordialmente.

Estamos en mayo, y aunque la temperatura no quiere ponerse al nivel de lo que señala el calendario, las fiestas propias de la estación han comenzado ya, y se continúan con una afluencia de gente considerable.

Las carreras de caballos inauguradas como de costumbre en la Marche han seguido en los últimos domingos en el bosque de Boulogne, á pesar del mal tiempo, lo que es un inconveniente terrible para las señoras, que tienen que encerrarse en las berlinas y cupés, pues la carretela descubierta, el faeton y el dog-cart eran de toda imposibilidad con la lluvia y la nieve. Las jóvenes que visten con tanto agrado el traje de amazona habían tenido que privarse de esta satisfacción.

Para los hombres es distinto. La lluvia incomoda poco á los parisienses, y hay algunos que han adoptado la moda inglesa de montar á caballo con un paraguas abierto.

A decir verdad, la figura que hacen es bastante ridícula, pero otras excentricidades mayores ha introducido en Francia el sport británico. Sobre este punto el libre cambio se ha practicado siempre de un acuerdo unánime y entusiasta entre las dos naciones.

La Inglaterra ha introducido aquí sin obstáculo y sin oposición todas las costumbres de la juventud, y en cambio se apresura á copiar las modas francesas mas extrañas, á fin de reproducir en Londres los tipos mas extravagantes que se pasean por el boulevard de los Italianos.

La *Revue anecdotique* de Paris en su número de la última quincena hace el análisis de un nuevo periódico anglo-americano, que es por cierto una curiosidad digna de ser señalada.

Este periódico se publica en Nueva York, y se titula *Illuminated quadruple sheet, the Constellation*. — Editor Jorge Robert. Precio unos diez reales de vellón.

Este papel tiene 236 centímetros sobre 178, y pesa 290 gramos, es decir, mas de media libra.

Contiene 44 viñetas ó retratos, y se imprime sobre 13 columnas por página, lo que hace 104 columnas á 400 líneas cada columna.

El carácter empleado es el número 7; la línea tiene 9 palabras y 40 letras, lo que hace 104 columnas, 374,400 palabras y 1 664,000 letras, no entrando en cuenta las ilustraciones.

Este número, que es como un prospecto de la publicación, no dice cuándo ni de qué modo verán la luz los siguientes.

Las láminas representan retratos, paisajes, vistas, monumentos, escenas de guerra, dibujos de máquinas, etc. Los artículos son literarios, artísticos é industriales; se notan en él hasta tendencias anacrónicas.

Es seguramente, dice la *Revue anecdotique*, el periódico mas grande que se ha impreso hasta el día. Teniendo el papel, como está dicho ya, 236 centímetros sobre 178, resultan 43,368 centímetros cuadrados. El *Times* en pliego sencillo tiene 5,704 centímetros cuadrados y 11,408 cuando está impreso en pliego doble formando suplemento.

El interés capital que promete este esfuerzo tipográfico es dar margen á la suposición de que si las formas que sirven para la impresion estuvieran dispuestas de modo que despues de plegado el papel se hallara exacta la paginacion, punto que sin duda debe ser fácil de resolver, se imprimiría un tomo entero de una sola vez.

Las novedades de esta semana son escasas: á falta de estas vamos á terminar esta revista recomendando á nuestros lectores una obra magna que se publica en Madrid, titulada: *Historia universal desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias*, escrita por don Salvador Costanzo, sobre la cual nuestro amigo el señor don José Güell y Renté nos ha enviado la siguiente nota:

«Esta historia es la primera obra de este género que se ha publicado en España. El autor, separándose de todos los demás historiadores que le han precedido, ha adoptado un plan enteramente nuevo. En el primer tomo comienza con tres discursos profundamente eruditos y filosóficos. El primero es sobre la creacion — tipo único de la humanidad. — Dispersion de los pueblos — el tipo único y primitivo de la humanidad desaparece. — Reflexiones acerca de los habitantes de uno y otro hemisferio: el segundo sobre la importancia de la geografía relativamente á la historia; y el tercero sobre la importancia de la cronología relativamente á la historia.

Luego siguen tablas cronológicas de todos los países y pueblos del mundo, y un epitome histórico-cronológico de los principales hechos de la historia antigua y moderna. En el primer capítulo del segundo tomo el autor da una idea del derecho público é internacional de los antiguos. En el segundo capítulo trata de la filosofía de la historia. Despues de estos preliminares entra en la narracion de los hechos, comenzando por los pueblos primitivos del Asia. De esta obra importantísima hasta ahora se han publicado tres tomos de muchísimo bulto, y el cuarto que se ha publicado ya por entregas en Madrid, comprende el fin de la historia antigua y una parte del imperio romano.

El señor Costanzo en su historia no se limita á la narracion de los hechos políticos, sino que abraza la literatura, las artes, el comercio, las invenciones y descubrimientos que se han hecho en varias épocas, las costumbres y la vida pública y privada de los pueblos. Esta obra notable por su sana crítica

ca y erudicion, está escrita con una elocuencia sencilla y con mucha libertad de pensamientos. El autor es italiano; pero establecido en Madrid hace muchos años, maneja el castellano con soltura y elegancia. Notamos únicamente en su historia cierto rencor profundo, no solo contra la injusticia de los hombres y contra los abusos, sino contra toda la humanidad en general, y nosotros creemos que esta amargura, que con frecuencia raya en la ironía y en el sarcasmo, es un efecto de las muchas desgracias que habrá atravesado tal vez el señor Costanzo en su larga emigracion; pero el deseo que manifiesta á cada paso de ver mejorar á sus semejantes, es una prenda admirable que descubre la bondad de su corazón. En los tomos que van publicados hay una serie de cuadros genealógicos y otra de mapas de geografía comparada que dan mucho lucimiento y originalidad al trabajo del señor Costanzo. El autor, además de la Historia universal, ha publicado en España varias otras obras.»

MARIANO URRABIETA.

El aire y el agua.

El vuela en el valle ameno
Con solicitud extraña;
Ella al pie de la montaña
Tiene su cristal sereno.

El trémulo se desliza

Moviendo las ramas grave;

Ella en círculo suave

Sus fáciles ondas riza.

Ambos se encuentran en suma

Rivales en pompa y galas;

El perfumadas las alas,

Ella cubierta de espuma.

Al verla el aire se engrie,

Llega, la besa y suspira;

Ella avergonzada gira,

Tiembla toda y se sonrie.

— Yo soy el agua, murmura,

Deteniendo su corriente,

La hija altiva del Torrente

Que salta en la peña dura.

Alzando polvo en la tierra

Ufano el aire la dijo:

— Yo soy mas, y soy el hijo

Del rudo Huracan que aterra.

— Tú bien en mí no reparas

Ni comprendes mi tesoro:

Yo sobre arenas de oro

Derramo mis ondas claras.

— Si tu valor no es escaso,

Mas mi poder se levanta;

No hay en el valle una planta

Que no se incline á mi paso.

— Nacen las flores mas bellas

Besando mis ondas frias.

— Ya se sabe que las crias

Para que yo duerma en ellas.

— ¿Desprecio?

— ¿Desden?

— ¿Son celos?

— ¡Mucho pides!

— ¡Mucho subes!

— En mí se mecen las nubes.

— En mí se miran los cielos.

Callaron: el agua grave

Gimió con dulce interés,

La besó el viento suave;

Y es cosa que nadie sabe

Lo que sucedió despues.

José SELGAS.

Al amanecer.

Se alzó el viento del mar en las espumas
Y dijo: «Abrídme paso, densas brumas.»

Las naves saludó y gritó: «A la vela,
¡Oh marineros! que la noche vuela.

A la tierra lanzóse apresurado
Y le gritó: «Despierta: el día ha llegado.»

A la selva le dijo: «Clamorea,
Y tu verde bandera al aire ondea.»

Del pájaro tocó el ala plegada:
«Despierta, dijo; canta la alborada.»

Y al gallo de la rústica alquería:
«Resuene tu clarín — se acerca el día.

Al maizal murmuró: «Dobla la frente,
Saluda la mañana refulgente.»

En la tierra gritó con voz sonora:
«Despiértate, campana; da la hora.»

El cementerio atravesó y decía:

«¡Dormid en paz: no es tiempo todavía!»

J. A. QUINTERO.

Zoraida ó el juicio de Dios.

ROMANCE.

Desde aquel infausto día
Que el palacio de la Alhambra
Se manchó con sangre ilustre
Que derramó una venganza,
Era pasada una luna
Que con su disco alumbraba
Las contiendas y disturbios
De la morisca Granada.
En Santa Fe mas que nunca
Lucia la confianza,
Y sus preciados guerreros
Mas que nunca la mostraban.
Era una noche sombría,
Y en el real se miraba
A acreditados continuos (1)
Fiada la confianza.
Cuando se vió de improviso
Cuatro sombras que llegaban
Con sus corceles del diestro
Y á salir determinadas.
— ¿Quién va? — Haced que adelante
El alferez de la guardia,
Dijo una de las sombras
Que al parecer comandaba.
— ¿Quién es? repitió curioso
El que la puerta guardara,
Y el encubierto se acerca
Y le dice estas palabras:
— Alcaide de los donceles
Es el que atento te habla,
Que salir quiere á la vega
Con los tres que le acompañan.
— Guárdete Dios, capitán;
Salid pues, que la Atalaya
Paso franco os dejará;
Aunque exponéis vuestra fama.
— Con Gonzalo y el Pulgar,
Dijo el alcaide, una hazaña
Que se aventaje á las tuyas
Tenemos determinada.
Y montaron y salieron,
Y hácia la vega marchaban
Respirando placenteros
El aliento de las auras.
La tenue luz de la aurora
Por las informes montañas
Aparecía ahuyentando
La oscuridad que vagaba.
Y agijando presurosos
Por entre frondas y zarzas,
En su valor confiados
A la ciudad se acercaban.
Cuando al torcer una senda
Vieron que se adelantaba
Hácia los cuatro, un jinete
Envuelto en nevada capa.
Verlo y correr á su encuentro
Un instante solo pasa,
Y el jinete se detiene
O su hacanea se para.
Con dulce voz dolorida,
Voz de mujer contristada,
«Si sois, dijo, caballeros,
Atended á mis plegarias.
Sola, triste, á la ventura,
Vengo á implorar desolada
El esfuerzo y la asistencia
Para el ama que me manda.
Que dé esta carta á un guerrero
Se me ordena y se me encarga,
Que de los tercios cristianos
Es el lustre y es la fama.
Don Juan Chacon se le nombra,
Y urge tanto, que pasada
La hora en que se le cita,
Se consuma una desgracia.
Yo Zaruyemal me llamo;
Soy de Zoraida una esclava;
Y con mi vida la sirvo,
Y la sigo con mi alma.»
El valeroso caudillo
«Yo soy Chacon» afirmaba;
Y recibió la escritura
Que así estaba redactada:

«A tí que de Cartagena
Eres señor, humillada
Te engrandece y te saluda

(1) Continuos: Guardias del rey.

La desvalida sultana.
Eres tú de los valientes
El valiente de mas gala;
Que desvalidos bendicen,
Y menesterosos hallan.
Mi honor ha sido manchado
Por viles lenguas que ensayan
Contra mí su alevosía,
Sus mentiras y asechanzas.
Estoy á prueba de duelo
Al Juicio de Dios librada,
En mi inocencia segura,
En tu lanza y en tu espada.
Ven pues; te espero, cristiano;
Ven con tres de tu mesnada,
Pues siendo tres de los tuyos
No desoirán la demanda.
Ven, y vengarás la sangre
De Aben-Hamet derramada
Para mi oprobio, y deshonra
De mi estirpe pura y clara.
Por mi dama conducidos
Encontrareis ropas, armas,
Que de árabes os disfracen,
Y caballos de batalla.
Ven, Chacon; en tí confía
La desgraciada sultana.»

Chacon con ánimo osado
Esta escritura mostraba
A sus bravos compañeros,
Que ostentaron su arrogancia.
Y á partir se dispusieron
Para aceptar la batalla;
Zaruyemal los conduce
A la suntuosa alcada,
De oro y púrpura guarnida
De Muza lujosa estancia;
Sus trajes y sus caballos
Trocaban allí y sus armas,
Y animosos se encaminan
A la opulenta Granada;
Penetraron presurosos
Hasta la tétrica plaza,
Donde la triste proscripta
Su cadalso ya ocupaba,
Y con nubes pavorosas
El sol sus luces velaba,
Por no presenciar un hecho
Que envuelve estupor y audacia.
«Sultana, dijo Chacon,
Hoy á tus plantas se hallan
Cuatro bravos berberiscos,
Que en tu defensa proclaman
Contra traidores impuros
Tu inocencia calumniada.
Dí, reina hermosa, si aceptas.»
Y ella que bondad derrama,
Acogió la oferta al punto
Por su doncella guiada.
Los cuatro bravos guerreros
Al circo al punto se lanzan,
Y con los mantenedores
La cruda batalla traban.
Y entre los agudos ecos
De trompas, con furia rara,
Con sus lanzas y caballos
A sus contrarios desarman.
Allí confiesan rendidos
Que su acusacion fué falsa;
Que Zoraida es inocente,
Y Muza así lo relata.
Tornaron á Santa Fe,
Y tan brillantes hazañas
Publicaron ardorosas
Las cien trompas de la Fama.

JUAN M. DE ARRAMBIDE.

Una excursión á Tetuan.

El 11 de febrero último nos embarcamos en Algeciras mi amigo el doctor L... y yo á bordo del *San Servando* con destino á Tetuan.

A las diez partimos, y al medio día tocábamos á Ceuta para tomar el correo y embarcar tropa; estábamos ya en África á corta distancia de las avanzadas españolas.

De Ceuta á Tetuan se sigue una triple cordillera de montañas donde se han dado los sangrientos combates que han cubierto de gloria á las armas españolas. Hoy no queda ya ninguna señal de la guerra; las montañas mas altas están cubiertas de nieve; otras menos elevadas están adornadas de verdura, y la cordillera mas baja continúa resistiendo á las olas que se rompen contra sus flancos. El silencio de esta soledad solo está interrumpido por el ruido monótono del mar; ya no

se encuentra ningun vestigio humano, en ese sitio donde han vertido su sangre tantos hombres.

Eran las cuatro cuando llegamos delante de Tetuan; saltamos en la primera embarcacion que se acercó á nosotros, y nuestros barqueros nos dejaron al pié de la torre Cuadrada; este trayecto nos costó dos duros.

Ni el lápiz ni la pluma podrian reproducir la escena tumultuosa que se ofreció á nuestras miradas. No es posible figurarse un cuadro mas pintoresco ni que ofreciera mas variedades de tipos, caracteres, dialectos y trajes. El catalan, el gallego, el andaluz, el castellano, el francés, el inglés, el alemán y el italiano, el militar y el paisano parece que se habian dado cita para hablar, cantar y divertirse; no era un campo de batalla, sino el campo de una feria donde reinaba la actividad y la alegría. Yo admiré ese desorden armonioso, enteramente nuevo para mí.

La torre Cuadrada está á la distancia de dos leguas de Tetuan y se va á pié; pero la fatiga de la marcha está bien compensada con la variedad del espectáculo de que se disfruta en el trayecto. La torre servia de observatorio á los moros; los españoles se apoderaron de ella despues de un combate encarnizado. Desde ese punto á la Aduana el camino está cubierto de cañones desmontados, balas, objetos de campamento y obras de tierra.

Deseábamos visitar la torre, y el coronel comandante animado de esa benevolencia que distingue á los oficiales españoles, nos permitió que subiéramos á satisfacer nuestra curiosidad. Por una escala que colgaba de la pared de dos ganchos de hierro, llegamos hasta una puerta, ó mejor dicho hasta un agujero que da acceso al interior; penetramos sin obstáculo, y fuimos recibidos por los soldados de guardia con una franca cordialidad.

Desde la azotea de esa torre almenada y guarnecida de cañones descubrimos un espléndido panorama. Por un lado un rio sinuoso serpentea á través de un valle de una extension inmensa, rodeado de verdes montañas que abriga á Tetuan de los vientos del Norte; por el otro, las olas azuladas del mar y los buques columpiándose con sus blancas velas. En lontananza Tetuan, la ciudad morisca con sus veinte mezquitas blancas, que parecen otras tantas fantasmas envueltas en sudarios.

Despues de haber contemplado un instante este hermoso cuadro, nos íbamos á retirar, cuando un cabo llamó nuestra atencion hácia una abertura que daba entrada á una sala sombría.

— Los moros, nos dijo señalándonos á tres de ellos acurrucados en un rincón é inmóviles como estatuas. Los moros no se movieron; los tres estaban prisioneros, y uno era un *santo*.

Como se acercaba la noche nos despedimos de los valientes militares, á quienes ofrecimos dinero que no quisieron tomar, contentándose con aceptar unos cigarrillos.

Por fin llegamos á Tetuan, la ciudad moruna.

Tetuan es una aglomeracion de casitas blancas, en las cuales entra la luz por unas claraboyas enrejadas. Las calles son estrechas y tortuosas y se encuentran llenas de basura.

Mucho les costará á los españoles el introducir en Tetuan alguna limpieza; desde hace muchos años la inmundicia se ha acumulado en montones á lo largo de las casas, sin que los moros hayan pensado jamás en libertarse de las emanaciones pestíferas que se exhalan poniendo en peligro la sanidad pública.

— Le hago á Vd. alcalde y con buen sueldo, decia el general Rios, gobernador de Tetuan, á un moro de *distincion*.

— ¿Con qué condicion?

— Con la condicion de que hará Vd. limpiar las calles en seis dias.

— ¡Ala! exclamó el moro espantado y alzando las manos al cielo; ¿con que quiere Vd. que yo haga recoger en seis dias lo que hemos reunido en dos siglos?

El rasgo es histórico; me le ha contado el mismo general Rios.

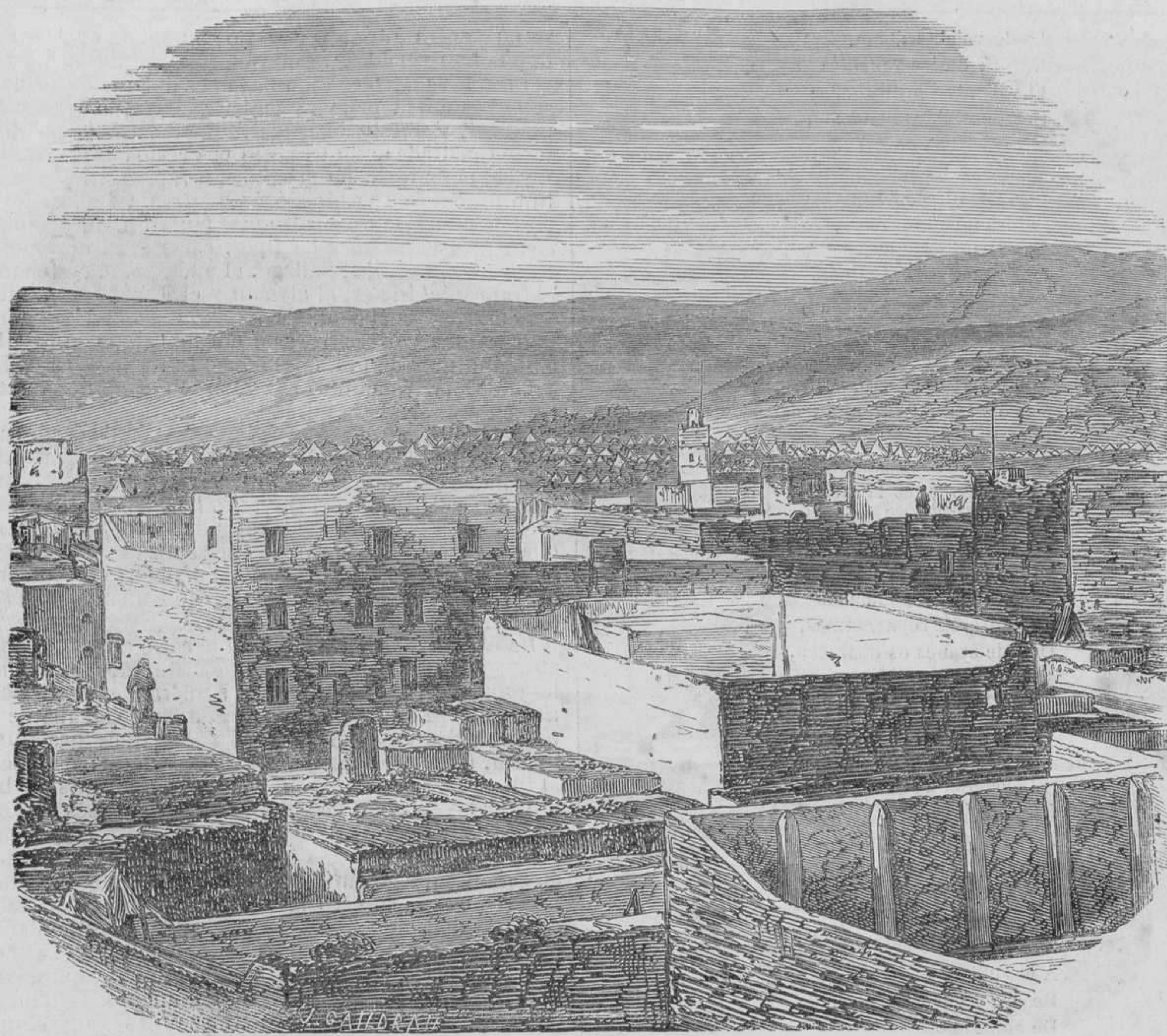
Llevábamos muchas cartas de recomendacion para diferentes oficiales superiores; pero era demasiado tarde para presentarnos.

Por consiguiente nos pusimos en busca de una habitacion, cosa que no era fácil hallar. Por fin, la casualidad, ó mejor dicho la Providencia, nos hizo encontrar á un español amigo de M. D... nuestro fotógrafo, quien informado de nuestro apuro, nos ofreció con la mayor afabilidad la casa que habia alquilado muy cara en el barrio de la Judería.

Nuestro nuevo amigo desempeñaba las funciones de inspector de los hospitales militares, y tenia que estar fuera de su casa de dia y de noche; así nos hizo el sacrificio de los dos únicos colchones que poseia.

En la otra mañana despues de haber almorzado en el *café de la Reina*, recién establecido por un catalan, un gallo cocido que nos costó tres duros, formamos el proyecto de visitar la casa del Gobernador y la casbah, de donde debiamos bajar por el cementerio de los moros para pasar despues al campo del general O'Donnell.

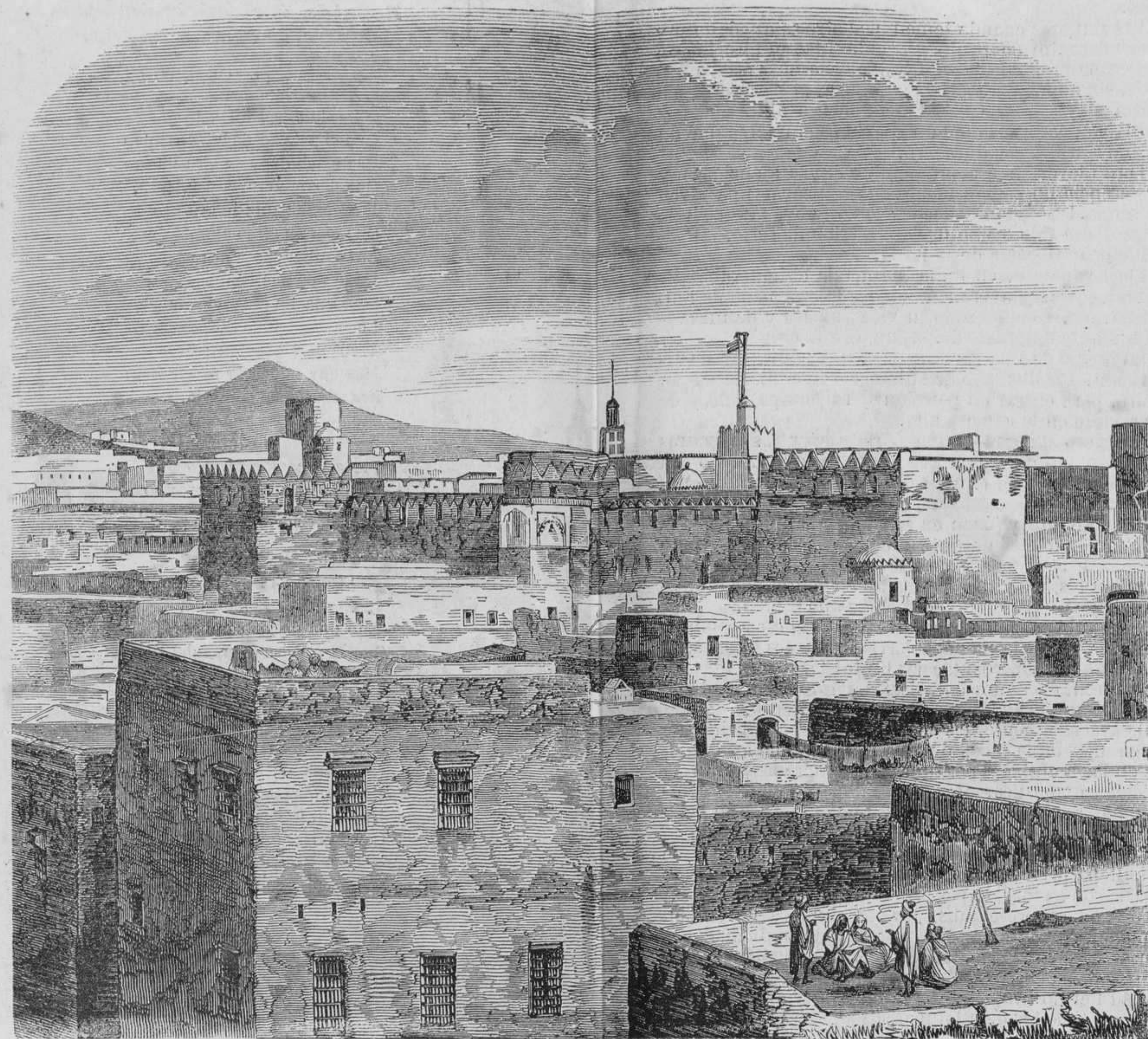
La casa del Gobernador es un monumento que por fuera parece una cárcel. Paredes de una altura prodigiosa terminadas por un domo con ventanillos enrejados, acaban de hacer mas justa la comparacion. El interior es una habitacion moruna del peor gusto. Un largo corredor húmedo y descuidado habitado por los ratones conduce á un patio cuadrado sostenido por seis columnas. En el centro de este patio hay una fuente que recibe un agua cristalina por un canal subterráneo. A la derecha hay una escalera ruinoso que da á



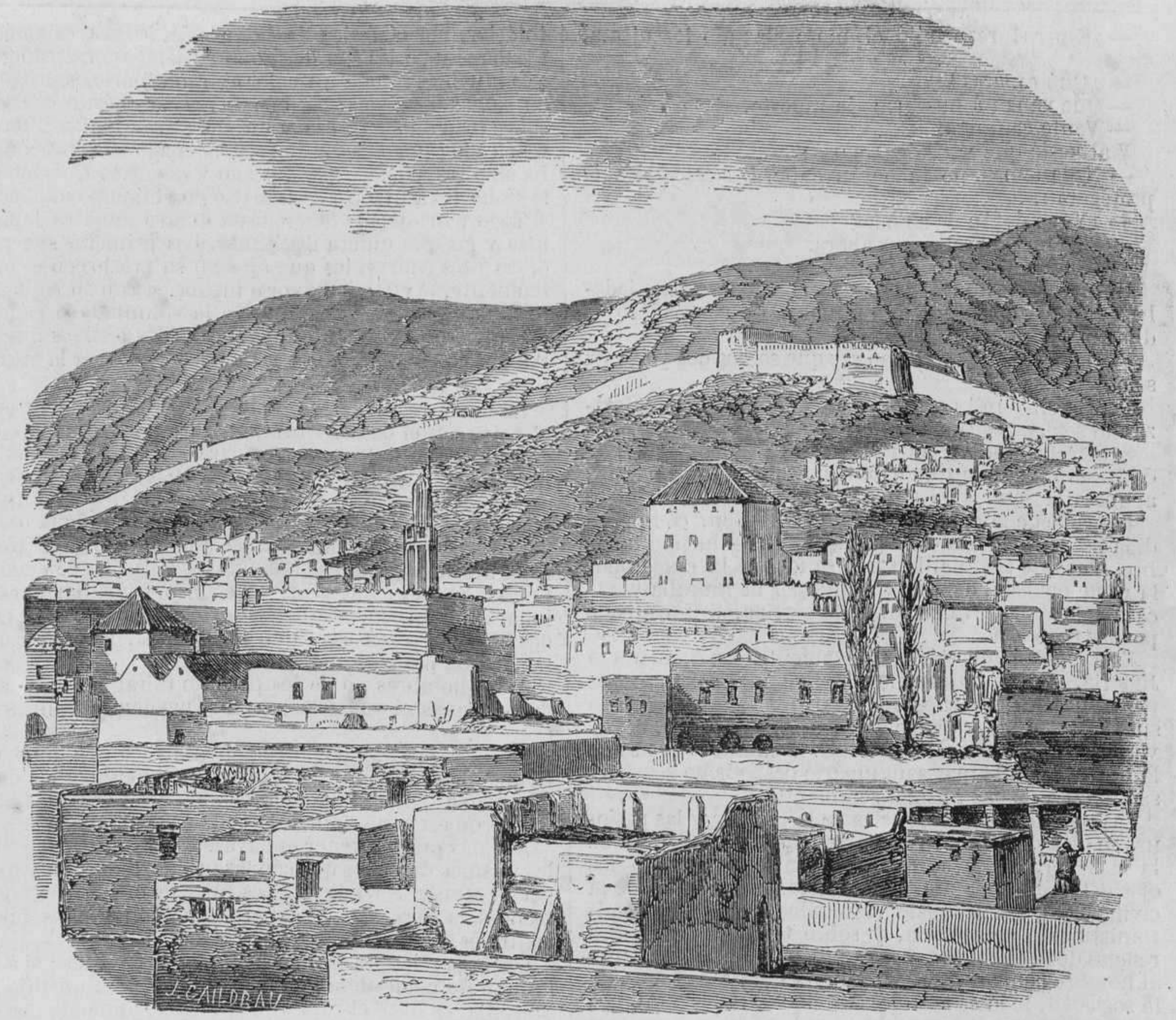
TETUAN Y EL CAMPO ESPAÑOL.

una galería sin ningún estilo característico. Enfrente otra escalerilla en igual estado conduce á las habitaciones con pavimento de azulejos. Todo es allí muy triste y muy sombrío. Las paredes están cubiertas de inscripciones árabes; las puertas son muy bajas; un niño tiene que bajarse para pasar por ellas.
De estos lugares abandonados sacamos una penosa impresión y algunos coscorrónes en la cabeza.

Tomamos en seguida el camino de la casbah, esa terrible fortaleza que debía aniquilar á todo el ejército español, y que no ha hecho daño á nadie. Los cañones descansaban tranquilamente sobre sus cureñas. La casbah en poder de los españoles ha cambiado de aspecto; en el día el tomarla sería una empresa difícil.
La casbah domina Tetuan. La hermosa vista de los naranjos, las higueras, las palmeras y una infinidad



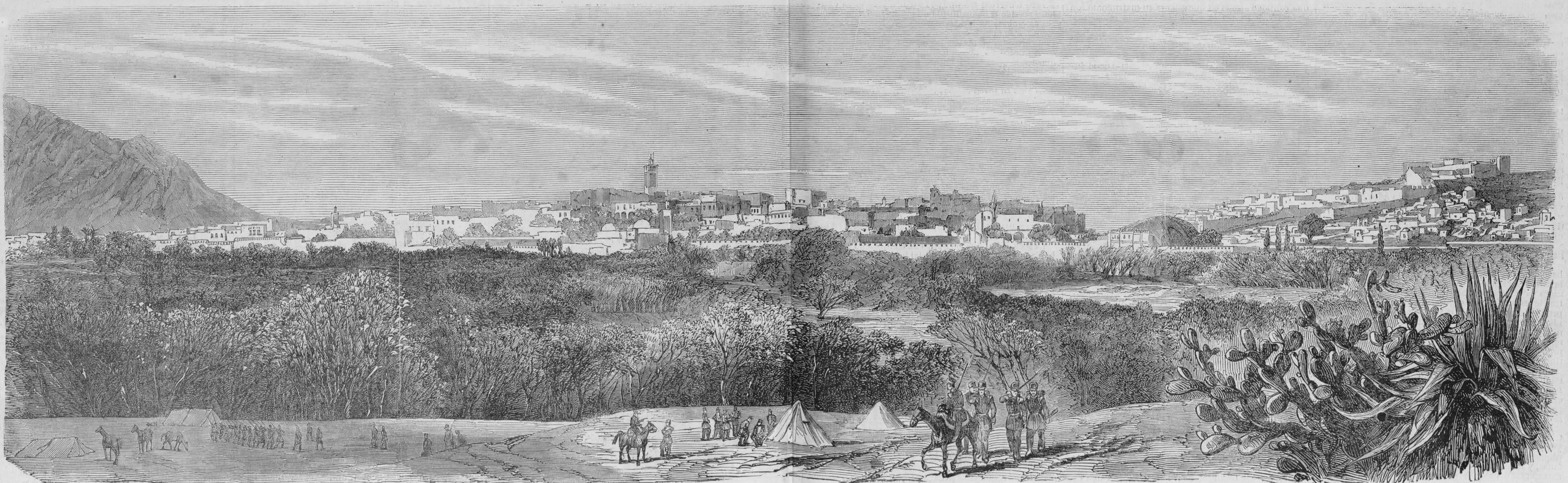
EL POLVORIN DE TETUAN.



LA CASBAH DE TETUAN.

de casas blancas dispersadas en la campiña; el movimiento de la tropa en los campos de O'Donnell y de Prim, que se descubren desde ese punto de la ciudad, forman una perspectiva imposible de describir. Permanecimos un gran rato subyugados por este cuadro, y despues nos dirigimos al campamento donde por la mañana habian circulado noticias de paz. Esta noticia fué mal recibida por muchos; la toma de Tetuan era una

satisfaccion insuficiente, era preciso tomar á Tánger. El general Cervino, para quien llevábamos cartas de recomendacion, estaba ausente, y así es que volvimos á la ciudad por la puerta de España.
Al atravesar una callejuela desierta oimos este curioso diálogo:
— ¿Qué haces ahí? preguntaba un soldado á un moro sentado en la calle.



VISTA GENERAL DE TETUAN.

— ¡Espero! respondió el moro alzando los ojos al cielo.

— ¿Qué esperas?

— Que venga á buscarme la muerte.

— Vente conmigo.

Y al verle que vacilaba repuso:

— Nada temas, no te harán daño. Los españoles te protegerán.

— ¿Y me darán de comer?

— Sí, toma este pan por ahora.

— Gracias; Alá te proteja.

Un poco mas allá vimos á un soldado que se enfadaba y quería maltratar á un moro. Un compañero le dijo:

— Deja á ese infeliz; ¿no ves que somos dos y él está solo?

Podría citar mil rasgos de este género que caracterizan al soldado español.

Satisfecha nuestra curiosidad nos dispusimos á salir de Tetuan; pero antes de hacerlo consignaré en estos apuntes la impresion general que en ella he recibido.

La parte de la derecha de esta poblacion, comprendida desde la puerta de la Reina, calle del mismo nombre, plaza de España, hasta la salida de la ciudad por la parte opuesta, dando la vuelta por la muralla y Alcazaba hasta el primer punto de partida, está ocupada por los moros.

Esta poblacion está completamente separada de la Judería. Así como aquellos tienen una sola entrada para su poblacion, los moros tienen tantas como son sus calles. Pueden llamarse en todo, con razon, el reverso de la medalla de los judíos. El marcado rastro de la barbarie y del mas sanguinario despotismo se representa hasta en sus mismos semblantes.

Las legítimas consecuencias de la molice y las pasiones se observan á cada paso, y la estúpida desidia de la clase proletaria se muestra constantemente á los ojos del atónito viajero. Las consoladoras huellas de la civilizacion, los benéficos resultados de una recta administracion de justicia, y sobre todo los luminosos reflejos de la fe divina, de ese vínculo sagrado que une al hombre con su Creador, y que es el fundamento de la sociedad, todo es casi desconocido para los antiguos dueños de la ciudad morisca, hoy súbditos humildes de la ilustrada, la poderosa, la católica nacion española.

Sus trajes, sus costumbres, su vida, sus ocupaciones, nos lo manifiestan claramente. Hé aquí hasta sus mas pequeños detalles:

La ciudad reconocia dos autoridades: el gobernador y el cadí. El primero, á semejanza del emperador, obraba segun su capricho; exigía grandes cantidades á sus súbditos y judíos cuando los veía hacer alguna ostentacion de riqueza; los encarcelaba á su placer, y sus leyes eran su voluntad, el castigo su distraccion, y ante el despótico yugo de su mando no se conocian clases ni condiciones.

Su destino, comprado á fuerza de oro, tenia una mezquina renta de seis á siete duros mensuales; pero su tren de casa, el excesivo lujo de sus mujeres y su opípara mesa, eran lo suficiente para un doble gasto diario. Sin embargo, por la misma ley que juzgaba era juzgado cuando le parecía á su soberano; le llamaba, le exigía grandes sumas y le encarcelaba, concluyendo muchas veces por cortarle la cabeza.

No de otro modo pueden considerarse las amplias facultades de estos funcionarios públicos.

El cadí, autoridad inferior, pero distinta del gobernador, es un comisario ó juez público, que administra la justicia con arreglo á la ley del acusado. Si este es judío, se presenta en casa del sabio con el reo, y segun la ley de aquellos le impone el castigo; si fuere moro, se sigue el mismo orden; siguiéndose de aquí que todos prefieren ser presentados al cadí.

La falsedad y codicia de los hijos del islamismo hace que continuamente se delaten los unos á los otros, con verdad ó sin ella; que diariamente se llenen las cárceles y castillos de reos que esperan su muerte; que multitud de familias queden en la mas espantosa miseria; que la plaza de Tetuan sea teatro de horribles castigos, y que corra con frecuencia la sangre inocente de millares de víctimas.

Tal era la administracion de justicia del pueblo acabado de conquistar; ¡y cuán diferente se ha puesto por la administracion española! Dos ayuntamientos, uno moro y otro hebreo, gobiernan sus súbditos bajo nuestras leyes patrias. Un comisario de policía con sus dependientes, cuidando de la seguridad y proteccion públicas; la seguridad personal, sin distincion de clases ni ideas religiosas, está garantizada por nuestro gobierno: á nadie se maltrata; nadie es ofendido; á todos se protege; á todos se socorre; no hay diversidad ni distincion en el régimen administrativo.

Si pasamos á sus costumbres, son todavía mas repugnantes é indignas de figurar en un siglo lleno de adelantos; de un siglo en el que la antorcha de la civilizacion ha llenado con su luz refulgente, y en breve tiempo, desde los helados climas del Norte de la América á las apartadas regiones de la China.

Desde que se pasa la puerta de la Reina, se encuentran infinidad de casuchas, abandonadas hoy en su mayor parte. Las calles llenas de arcos por todas partes, lo pequeño de sus puertas, la casi total exclusion de ventanas, y la total de balcones, las hace parecer mas bien mazmorras ó galerías subterráneas de un cementerio. Las del comercio guardan el mismo orden que las de los judíos.

Encuéntrense, sin embargo, magníficas casas en su

interior, por el orden de la judería, cuyas estancias, escaleras y patios son de mosaicos del mayor gusto, cuyos muebles son de un valor extraordinario, sobre todo en camas y espejos; pero cuyo mayor mérito consiste sobre todo en su rareza y en sus estrambóticas pinturas. Todo esto, á pesar de estar ocupado por el ejército, ha sido respetado, inventariado y devuelto á su dueño, si se ha presentado á reclamarlo en el tiempo marcado.

Todo moro puede tener hasta cuatro mujeres legítimas y las que quiera ilegítimas. Las primeras son pedidas á los padres, los que ajustan su precio con el pretendiente, el cual es mayor ó menor, segun su riqueza. La hija se somete desde luego á la voluntad del padre; los novios se presentan al cadí y á dos testigos que se llaman escribanos, entre los cuales se otorga la escritura.

La novia recibe la mitad del precio de su cuerpo en el acto, con el cual se compra ropa y los muebles de casa; lo restante lo conserva para sí, sin que el padre ni el marido tengan derecho á ello. La otra mitad de la cantidad la recibe en un recibo del novio, que cumple en su tiempo determinado. El marido tiene solo la obligacion de mantenerla; pero si ella le pide algo para ropa ú otro utensilio se lo anota en el recibo de deuda. Cuando el padre de la novia es rico suele dar á esta igual cantidad que la que el novio ofreció por ella. Los dos esposos tienen cada uno su bolsa particular y conserva cada uno sus intereses.

A los hombres no se les permite mirar las mujeres de los demás ni visitarlas; estas sí pueden comunicarse entre sí.

Con las ilegítimas no tienen obligacion alguna ni tiempo determinado; les dan lo que quieren y las despiden á su placer, pudiendo pasar á otro. Los hijos habidos con estas no tienen derecho á su herencia.

Además pueden tener esclavas, sobre las que tienen los mismos derechos que con las mujeres propias, y que por lo regular son negras. Los hijos de estas tienen derecho á la herencia, en igual proporcion que los hijos legítimos.

La proporcion en las herencias es como sigue: si á la muerte de cualquiera de los padres hubiese un hijo y una hija, se hace el capital tres partes, tomando dos el varon; si hubiera dos hijos y dos hijas, se hacen seis partes, tomando dos cada uno de los varones y una las hembras, y así sucesivamente, sacando los hijos siempre parte doble.

Si dos esposos riñeran y el marido jurase no volver á unirse á ella, pierde todo el derecho sobre su mujer, la que inmediatamente es separada por el cadí, pudiendo casarse con otro, en cuyo caso no puede el marido reclamarla; pero no casándose jamás, tiene derecho sobre ella.

Muchos de estos, que arrepentidos despues de su juramento desean recuperarla, convienen con otro por una cantidad alzada en que celebre su matrimonio con su mujer, y pasada la primera noche la recogen de nuevo.

La mujer estéril puede ser devuelta á sus padres, sin dote; pero por lo regular el marido le entrega al repudiarla la cantidad que le adeuda.

Terminaré con dos palabras sobre el barrio de la Judería. Es este mas estrecho é inmundo que el de los moros; la construccion de las casas es con poca diferencia la misma. En las puertas de las casas hay inscripciones hebraicas:

¡ Bendito seas á tu entrada!

¡ Bendito seas á tu salida!

Los moros penetraron y cometieron atrocidades con los pobres judíos. Los españoles al establecerse en Tetuan, lo primero que hicieron fué socorrerlos. ¡Generoso ejército! Su humanidad iguala á su bizarría: la historia le reserva una página gloriosa en los fastos de la España.

D. L. E.

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

Pero á esta respuesta el querido padre se echó á reir, y observó que lo que decia su hija era una tontería, pues las señoritas están en el mundo para casarse y no para vivir solteras.

Aubrey que se hallaba presente á esta conversacion, no dijo nada entonces; pero uno ó dos dias despues aprovechó la primera ocasion para preguntar á su hermana qué reparo podia tener en dar su mano á lord Cleverton.

Lucy no tenia ningun reparo en particular ni contra el vizconde ni contra nadie; pero estaba dispuesta á no casarse.

Pero hé aquí que su hermano se mostró dispuesto á que se casara, y la dijo que si dentro de dos meses contados desde aquella fecha no se habia decidido, entonces él adivinaria dónde estaba el obstáculo y arreglaría el asunto.

Esto fué dicho con la finura de términos y de maneras que caracterizaba al hermano de Lucy, esto es, con ojos chispeantes y dando patadas en el suelo que hacian temblar la casa.

Ya sabemos que Lucy carecia del valor de las heroínas que desafían á sus tiranos y les arrojan los hierros á la cara — en los libros ó en la escena. Era una pobre criatura débil y timorata, mas bien de la naturaleza de la caña que se doblega, que de la naturaleza de la encina que desafía el furor de la tormenta.

Además, la amenaza del capitán era un arma de dos filos.

Las mujeres cuando temen por otro se quedan muy luego desanimadas; miss Davenne hizo su eleccion en el tiempo prefijado, y cuatro meses despues estaba casada, sin amor, pero sin repugnancia, al contrario, con cierta simpatía que convenientemente alimentada y cultivada, habria podido y debido cambiarse en un cariño constante y duradero.

Lord Cleverton era un hombre cuyas atenciones y preferencia no podian menos de lisonjear á una jóven de sentimientos tan delicados como Lucy, aun cuando no hubiera sido, como hacia profesion de serlo, un admirador entusiasta de la Italia.

Efectivamente, en Italia fué donde el honorable M. Tyrrrel, jóven calavera agregado á la embajada de Florencia, habia comenzado su vida juvenil y de un modo bastante desordenado, segun dice la crónica.

En medio de una carrera de extravagancia y de disipacion, fué llamado de súbito por la muerte de su padre, para entrar en posesion del título paterno y de un asiento en la cámara alta.

El fogoso agregado hubo de renunciar á sus locuras y lo hizo tan de veras, que sorprendió al mundo con su aplicacion y su extraordinario talento para los negocios.

Hermoso aun y jóven en apariencia, aunque llevaba á su mujer mas de veinte y cinco años, citado como modelo de elegancia y de buen gusto, lord Cleverton reunía á las brillantes cualidades de hombre de mundo los talentos mas sólidos del hombre de Estado.

Nadie sabia decir con mas gracia que él esas palabras afables que son la moneda corriente en los salones, y nadie sabia tampoco atacar al ministerio con mas lógica, en medio de los entusiastas clamores de los bancos de la oposicion donde él tenía su asiento.

Desgraciadamente, las cualidades que dan brillo en los círculos de la moda ó hacen el triunfo de los oradores en las asambleas políticas, no siempre aseguran la felicidad doméstica, al menos tal como Lucy la comprendía. Pasó algun tiempo sin notarlo, pero al cabo abrió los ojos á la evidencia.

¿Qué le faltaba pues á la jóven vizcondesa? ¿De que se hallaba privada? Era como una reina en su nuevo palacio con su marido por primer súbdito. En todas partes donde se presentaba, jóvenes y viejos la rendían homenaje; graves hombres de Estado olvidaban sus teorías para hablarla de las cosas mas ligeras y mas propias de su edad y de su sexo; poetas célebres cantaban su hermosura, y pintores de primer orden se disputaban el honor de estampar sus amables rasgos sobre el lienzo... y sin embargo no era dichosa. ¿Qué le importaba verse lisonjeada hasta la saciedad en su vanidad de mujer, cuando su corazon ardia en aspiraciones que no se hallaban satisfechas?

Lord Cleverton era uno de esos hombres cuya existencia reside principalmente en la cabeza. La ambicion era su pasion; los afectos profundos, exclusivos, absorbentes, aun admitiendo que existieran, los consideraba como otros tantos obstáculos para la conquista del poder, el único fin noble, legítimo y digno segun él, á que debía aspirar un hombre.

Sus consideraciones á Lucy no tenían limites en realidad, y mostraba una deferencia completa á todos los deseos de su jóven esposa, toda vez que estos deseos no venían á tropezar con su pasion dominante.

Veía siempre á lady Cleverton con una satisfaccion infinita, y cuando la observaba haciendo los honores de su casa á una porcion de personas distinguidas, con la gracia llena de dignidad que la conquistaba todos los corazones, solo el orgullo rebosaba en él, y ningun sentimiento mas tierno se mezclaba á su admiracion.

Su gran interés en la vida estaba en otra parte. La política absorbía casi todo su tiempo. Los proyectos, los meetings, las diputaciones, su asistencia forzosa á las sesiones de una porcion de sociedades de que era presidente, todo eso sin contar las sesiones del parlamento, le ocupaban de tal modo, que lady Cleverton pasaba semanas sin verle, y cuando le veía era en sociedad.

La sociedad estaba siempre entre ella y él. No habia familiaridad posible con tal hombre; los cuidados suyos no eran los de ella.

En vano al principio de estar casada cuando observaba una nube en la frente de su marido, habia querido con empeño saber su causa para tratar de disiparla. Todas sus tentativas con el objeto de granjearse la confianza de lord Cleverton habian sido rechazadas sin duda con mucha dulzura, pero tambien con una obstinacion constante.

El noble lord decia que no queria turbar la serenidad de la vida de su mujer. Lucy habria hallado buena esta razon tra'ándose de un extraño; pero en su calidad de esposa, no tenia títulos para reclamar su parte de las alegrías y las penas de su marido?

Así sucedió que el corazon de la pobre Lucy se replegó sobre sí mismo, se resintió, y al fin de dia en dia se vió mas sola.

Esto no fué obra de algunos dias, semanas ó meses; preciso es que la gota de agua caiga largo tiempo antes de abrir un agujero. El progreso de esa obra destructiva tampoco era continuo; habia altos y bajos, detenciones, esperanzas imprevistas.

Pero al cabo llegó un dia, dia triste, en que la vizcondesa hizo el balance de su situacion, en que vió su sueño de amor y de felicidad desvanecido como un brillante meteoro, y entonces el sombrío enojo comenzó á enroscarse como una serpiente en torno de su corazon.

Si Lucy hubiese tenido la dicha de ser madre, si hubiese tenido un hijo adorado para desahogo de las riquezas de su alma, todo se habría gobernado. Pero no lo quiso la Providencia.

Lord Cleverton había deseado un heredero con todo el ardor de un jefe de dinastía nueva; pero tenía bastante educación y generosidad para no disimular con toda su fuerza su amargo desengaño.

Sin embargo, la perspicacia natural de la vizcondesa la condujo muy luego á notar que además de las preocupaciones políticas una cosa pesaba en el espíritu de su marido; y á fuerza de buscar dió con lo que era.

¿Qué pronto adivinamos lo que debe hacernos infelices!

Este descubrimiento puso el colmo á las torturas de Lucy, que comenzó á pasar las noches anegada en llanto. ¿Cuántos de esos personajes elevados con su rango y sus riquezas, objetos de envidia para el vulgo que los considera como soles resplandecientes, como astros sublimes; cuántos de esos grandes de la tierra ofrecen al ojo espantado que los examina de cerca temores ocultos, llagas abiertas que hacen de ellos objetos de lástima!

Lord Cleverton acabó por notar la alteración del rostro de su mujer y sus frecuentes accesos de distracción, y esta observación le causó tanto disgusto como pena. Aquella gracia admirable, aquella conversación tan rica, tan natural, tan animada, que había atraído en su derredor á los hombres mas graves de la política, lo mismo que á los árbitros de la moda, se había cambiado poco á poco en una cortesía monótona y puramente oficial.

Lord Cleverton que tenía vanidad en que hablaran de su casa como de una de las mas agradables de Londres, pues esa reputación podía tambien en sus cálculos servir á sus ambiciones, lord Cleverton seguía con un descontento creciente, bastante visible en su persona, las alternativas de alegría y de tristeza de su mujer.

Conociendo Lucy que la vista del vizconde estaba fija en ella, trató de ocultar con sonrisas perpetuas el abatimiento que la consumía. Así se estableció la violencia en los dos; el tiempo ensanchó la brecha, y el marido y la mujer llegaron á ser cada día mas extraños el uno al otro.

No pretendemos desarrollar la situación; nos contentamos con indicarla.

Sin embargo, al mismo tiempo que se debilitaban la energía y la salud de lady Cleverton, sus deberes de ama de casa, en uno de los palacios mas espléndidos y mejor frecuentados de la capital, se le hacían mas pesados, y nunca lo fueron tanto como en la primavera de 1847. El ministerio no estaba firme, y se hablaba de un nuevo gabinete en el cual la opinión pública señalaba un puesto importante á lord Cleverton.

Todas las ambiciones grandes y pequeñas estaban alerta, y ninguna se mostraba mas activa que la del marido de Lucy. Otro asalto desesperado, otra derrota del gabinete, y llegaba al poder, se cumplía lo que tanto deseaba.

La casa de lord Cleverton viene á ser el cuartel general de su partido; allí en medio de los esplendores del salón de baile, de los estrepitosos gorgoros de los cantantes italianos y alemanes, se fijaban los sufragios dudosos, se repartían los puestos y se ordenaba el plan de campaña.

Había llegado el momento en que las maneras fascinadoras de la jóven vizcondesa y el encanto persuasivo de su conversación iban á consumir todas las maravillas con que lord Cleverton había contado cuando pensó por primera vez en casarse con Lucy.

Así pues, la suplicó que no faltara á la corte, que aceptara todos los convites, vinieran de Su Gracia ó de Su Excelencia, ó aunque fueran de un miembro de la sección de Manchester.

Lucy debía mostrarse donde la moda quiere que se presenten las mujeres de alto tono, y á fin de triunfar debía hacer ver constantemente que estaba ya segura del triunfo.

Lady Cleverton ejecutó este programa sin ruido, sin ostentación, con la mayor serenidad. Su marido lo admiró y se sorprendió, y luego se sintió agradecido. Al verla cómo se conformaba á todos sus deseos y entraba en todas sus miras, hizo nacer una duda en el espíritu del noble lord sobre la cuestión de saber si había sido para ella lo que habría debido ser, y se propuso enmendarse en el porvenir así que saliera de la crisis actual.

Pero era demasiado tarde. Lord Cleverton en medio de sus intrigas y de sus proyectos ambiciosos cogió una fiebre y murió en pocos días. Murió con la duda de haberse engañado de camino para ir á la felicidad, y bendiciendo al ángel que le asistió, le cuidó y le consoló tiernamente y sin descanso hasta que hubo exhalado el último suspiro.

La jóven viuda, cuya salud y moral se hallaban profundamente afectados, se retiró á Davenne, donde la mucha edad y unos terribles ataques de gota tenían á sir John preso hacia dos años.

El tierno padre se espantó á la vista de su hija, y se alarmó mucho mas al conocer el estado de profundo desaliento en que la veía sumergida.

Lucy estaba como moribunda, y nada podía quebrantar la firme convicción en que se hallaba de que estaban contadas sus horas.

Sir John hizo cuanto pudo para que ahuyentara tan tristes presentimientos; pero en vano. Por fin se le ocurrió al baron la idea de que viajara.

— ¿Porqué lo que había salido bien una vez no ha-

bia de salir otra? ¿Porqué no había de marchar á pasar algun tiempo en Bordighera á los cuidados del doctor Antonio? Seguramente hace ocho años estaba mucho mas delicada que ahora; ¡y con cuánta rapidez el médico italiano la había devuelto la vida!

Probablemente el conde le alquilaría su casino, ó bien podrían suplicar al doctor que fuese con ellos á Roma. Sir John estaba seguro de que el doctor Antonio lo haría todo por ella. El digno baron había tocado la cuerda sensible, y notando su ventaja, reiteró sus argumentos.

Desde entonces el doctor Antonio y Bordighera, Bordighera y el doctor Antonio, y la posada, y Speranza, y Battista, esos nombres que hacia mucho tiempo no se pronunciaban, se hicieron el tema diario de la conversación en Davenne Hall.

Recuerdos adormecidos se despertaron, y antiguas relaciones de ideas reconquistaron toda su fuerza vivificando el corazón de Lucy.

Un rayo de esperanza vino á brillar en su espíritu abatido.

Si; si había alguna cosa que podía salvar á la pobre Lucy, eran los cuidados de su buen doctor, era el aire embalsamado de la dulce Riviera.

En consecuencia de esto se resolvió que apenas pasara el primer año de luto, Lucy y su padre partirían para la Riviera.

Lucy esperó este momento con una especie de impaciencia nostálgica. Pero cuando al fin llegó, el pobre sir John estaba clavado en su asiento por un ataque de gota mas fuerte que de costumbre.

El baron no quiso sin embargo consentir en ninguna dilación por parte de Lucy, y exigió que se marchara al punto; pues amigos y médicos estaban de acuerdo para aconsejar que la vizcondesa saliera de Inglaterra antes de que soplaran los vientos de marzo.

Sir John se reuniría con ella en Bordighera, en Roma ó en Nápoles; pero era menester que al instante se pusiera en camino.

Como Lucy no quería ir tan lejos de su país sin llevar mas que criados, tomó una señora de cierta edad para que la sirviera de compañera de viaje, y partió con dirección á París á mediados de febrero de 1848.

Desearo con ansia llegar á Italia, no se detuvo en París, y así lady Cleverton pudo continuar su viaje antes de la aparición de las barricadas republicanas.

Una vez en Niza su impaciencia llegó al colmo.

No quiso ni tomar algunos días de descanso; pero en su exquisita sensibilidad, temblando con la idea de dejar ver á una extraña las emociones que sabia muy bien habrían de despertarse en ella al aspecto de los lugares que iba á visitar de nuevo, dejó á su compañera en la fonda, y seguida únicamente de la fiel Hutschin y de un criado, marchó á Bordighera con la impaciencia febril de una persona cuya existencia depende de un golpe de la fortuna. Ahora quería vivir, y en cuanto á médicos, no había mas en el mundo que el doctor Antonio que pudiese darle la vida.

Lucy mantenía una especie de superstición acerca de este punto.

Por fin el carruaje pasó el promontorio de Bordighera, y el valle se abrió á sus ojos. Lucy se inclinó adelante para abrazar con una mirada todos los detalles de aquel paisaje en otro tiempo tan familiar, y su corazón desfalleció. ¿Qué es lo que daba á la pobre posada, á la huerta y aun á la misma orilla del mar el aspecto de un abandono y desolación que presentaban?

En la turbación creciente de su alma no pudo ver ninguna cosa distintamente, aunque vió lo bastante para comprender que por una causa cualquiera se había operado un gran cambio en aquellos sitios.

Manda parar el coche y se precipita temblando en el sendero. La puertecilla apenas se sostiene por medio de un gozne desencajado, como si hiciera siglos que no la había atravesado ningún ser humano; el jardín es un desierto lleno de espinas y de yerba; el bosquecillo de limoneros y naranjos tan verdes en otro tiempo, no es mas que un conjunto de troncos partidos, diseminados, que parecen esqueletos; las pocas hojas secas y rojizas que cuelgan aun de las ramas, parecen haber sido abrasadas por el rayo; toda la casa está llena de grietas y agujeros; se diría que está á punto de desplomarse. Las ventanas que no yacen por el suelo están herméticamente cerradas. Todo en las cercanías presenta las señales de un abandono total.

En el mismo instante en que Lucy da golpes á la puerta de vidrieras cerrada por dentro llamando á Speranza y á Battista, una voz que sale del pie de la escalera de piedra la hace estremecer.

Es un jóven aldeano que la dice que no hay nadie en la casa, que está deshabitada desde la muerte de su último dueño.

— ¿Cómo! ¿Speranza y Battista han muerto?

— No, no, viven y estan en buena salud á Dios gracias. Ahora tienen la posada de la Posta en Mentone.

Vendieron esta á un anciano que murió despues.

Lucy respiró mas libremente.

— ¿Y... el médico de Bordighera? preguntó temblando; ¿qué ha sido de él?

— El doctor Gabriel? Está tan bueno.

— No, no es el doctor Gabriel: hablo del doctor Antonio, un caballero alto con mucha barba, un siciliano.

— ¡Ah! sí, recuerdo de quién queréis hablar; yo no soy del pueblo; ese facultativo se ha marchado de aquí hace mucho tiempo, al menos según he oído decir.

Lucy tuvo que apoyarse; sus rodillas flaquearon.

— Y por consiguiente, dijo temblando de pies á cabeza; ¿no sabeis en dónde está?

— No; y temo que nadie lo sepa aquí. El jóven aldeano durante este tiempo había examinado con mucha curiosidad é interés á la hermosa extranjera.

— Quizá, añadió al cabo de una pausa, quizá sois la *signora inglesa* que ha vivido hace tiempo en esta casa, y que ha hecho tanto bien al país.

Estas palabras fueron un bálsamo para el corazón de Lucy; el interés que sentían hacia ella los que ella había abandonado, no estaba extinguido.

— Lo habeis adivinado, respondió; yo soy la *signora inglesa*. Tomad esto en recuerdo de una persona que tiene mucho cariño á Bordighera.

Y se volvió al carruaje á toda prisa diciendo al criado que partiera con dirección á la posada de la Posta en Mentone.

Había llovido mucho mientras Lucy se había detenido, y la vizcondesa tiritaba. Hutschin la propuso detenerse en alguna parte para secar sus vestidos, tomar algo caliente; pero Lucy no quiso pararse antes de llegar á Mentone.

La promesa de una propina fabulosa animó al postillon, y al caer la tarde el coche cubierto de lodo se detuvo ante la posada de la Posta.

El cielo había aclarado por el Oeste, y los matices rosados del sol que se ponía en medio de una masa muy densa de gruesos nubarrones, alumbraba un grupo que había junto á la puerta de la posada, uno de esos cuadros familiares y sencillos con que habrían hecho una obra maestra Teniers ó Mieris.

En un banco de madera estaba sentada una hermosa mujer de ojos negros y cabellera de ébano; á corta distancia un hombre de unos treinta años, de cutis tostado y de patillas negras, con una pipa en la boca, estaba en cuclillas, con los brazos extendidos hacia un precioso niño de cabello muy rizado y muy rubio; el padre y la madre con su ejemplo y con sus palabras animaban al niño á que diera sus primeros pasos; este con gritos de alegría infantil iba como podía del uno al otro.

Lucy miró atentamente á los tres. De repente Speranza se vuelve y distingue el rostro de Lucy.

— ¡Madona santa! Madre, madre, ¡es la signora!

De un salto se planta á sus pies, arrojando el niño en brazos de su marido que se cae de espaldas, sube al estribo del coche y se arroja al cuello de Lucy gritando:

— ¡Oh! ¡mi querida señora!

Es todo lo que Speranza pudo decir. Rosa acude á su vez con una sola idea, idea muy natural, la de que le ha sucedido al niño alguna desgracia.

Peró Battista se levanta, y entonces un reconocimiento general tiene lugar en medio de tantas bendiciones, tantas lágrimas, apretones de manos é invocaciones á la Virgen, que la cosa habría sido muy cómica si no fuera tan interesante.

— ¡Dios mio! ¡qué manos tan frias! ¡Qué aire tan cansado!... ¡Si estuviera aquí el doctor Antonio!...

Speranza se muerde la lengua; Lucy es conducida ó llevada al mejor cuarto de la casa.

Muy luego está ardiendo la chimenea, adelantan el sofá, y Lucy, despues de haberse quitado su pañuelo y su vestido mojados, se tiende bien cubierta en el sofá á descansar y á calentarse.

Speranza se inclina tiernamente hacia el amable objeto de sus cuidados; acaricia y besa las manos frias de la vizcondesa; seca y arregla sus hermosos cabellos rubios sin dejar un instante de sonreír, hablar y dar gracias á la Madona; y no obstante, en medio de tanta agitación, sin olvidar nada de lo que puede contribuir al bienestar de su *cara, cara padrona*, como llama á Lucy, prepara la tostada y el té, no el té de todos los días, sino el que se guarda en la caja verde para las ocasiones extraordinarias.

Miss Hutschin no hace nada; Speranza no cede á nadie, ni á su madre, el derecho de meter los pies de Lucy en unas zapatillas bien calientes, de calentar la cama y servir en todo y por todo á su adorable *padrona*.

Lucy se sentía renacer en esta atmósfera de cariño; y en tanto que estaba sentada tomando el té con descanso, una sensación de indecible bienestar se esparcía en su corazón y en todo su cuerpo.

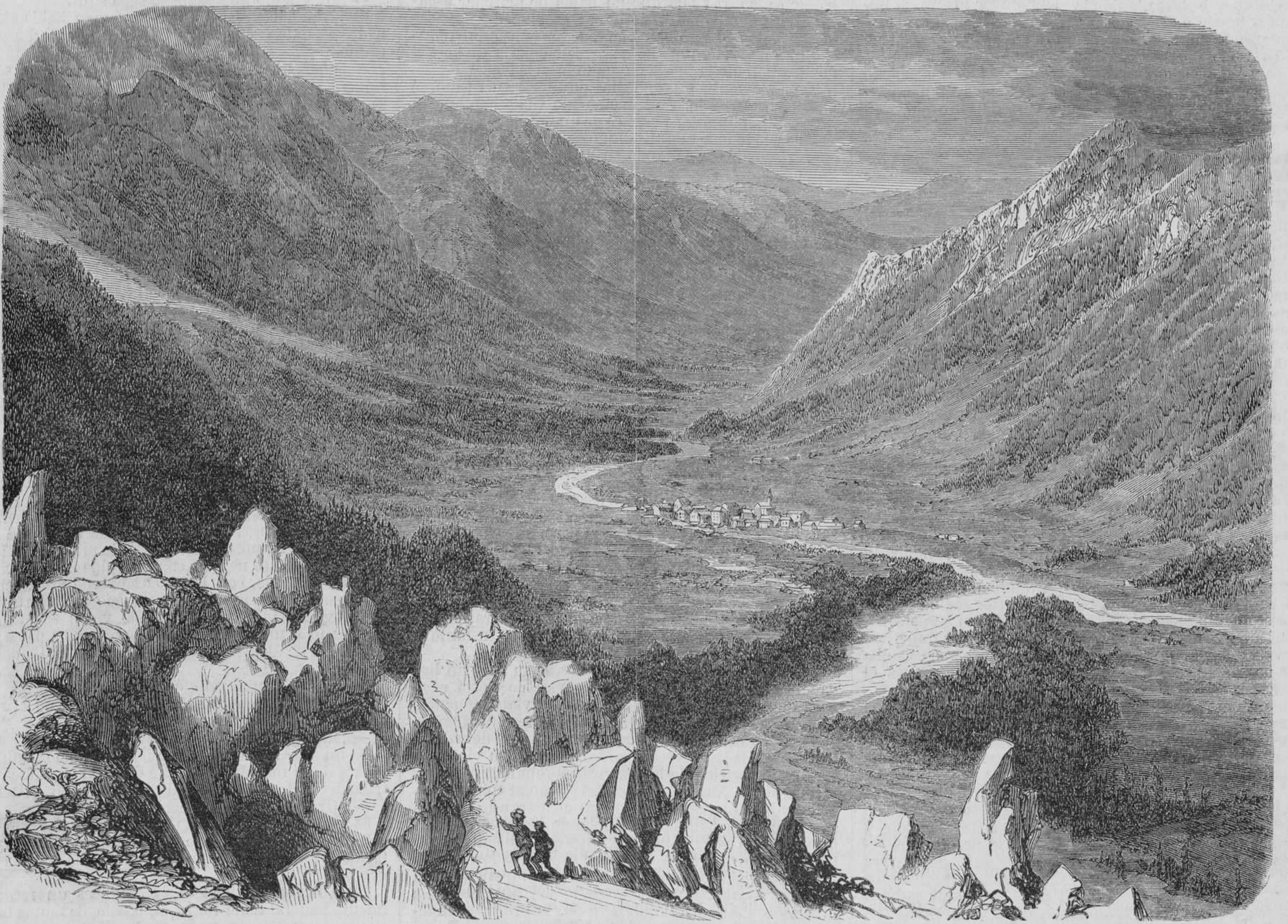
(Se continuará.)

La Saboya.

EL VALLE DE CHAMUNI. — CHAMBERY. — ANNECY.

El valle de Chamuni, en la provincia de Faucigny, es seguramente la parte mas interesante de la Saboya. Encerrado en sus montañas, se extiende del Nordeste al Sudoeste en una longitud de 20 kilómetros con una anchura de 2 á 10 kilómetros. Está limitado al Nordeste por la garganta de Balme, que se eleva en los confines del alto Valais; al Sudoeste por los montes de Lacha y de Vaudagna; al Norte por el Bravan y la cordillera de las Agujas Rojas, y al Sur se distingue el grupo gigantesco del monte Blanco, de cuya base bajan hasta el valle los ventisqueros de los Bosons, de Argentieres y de las Torres, los mas hermosos de los Alpes. La aldea de Chamuni, edificada en el centro del valle, está á una distancia de 100 kilómetros de Chambery. El rio del Arve que baña el valle sale de la garganta de Balme y corre hasta el Ródano, donde entra cerca de Ginevra. Este precioso país es el punto de partida de los viajeros que visitan los Alpes.

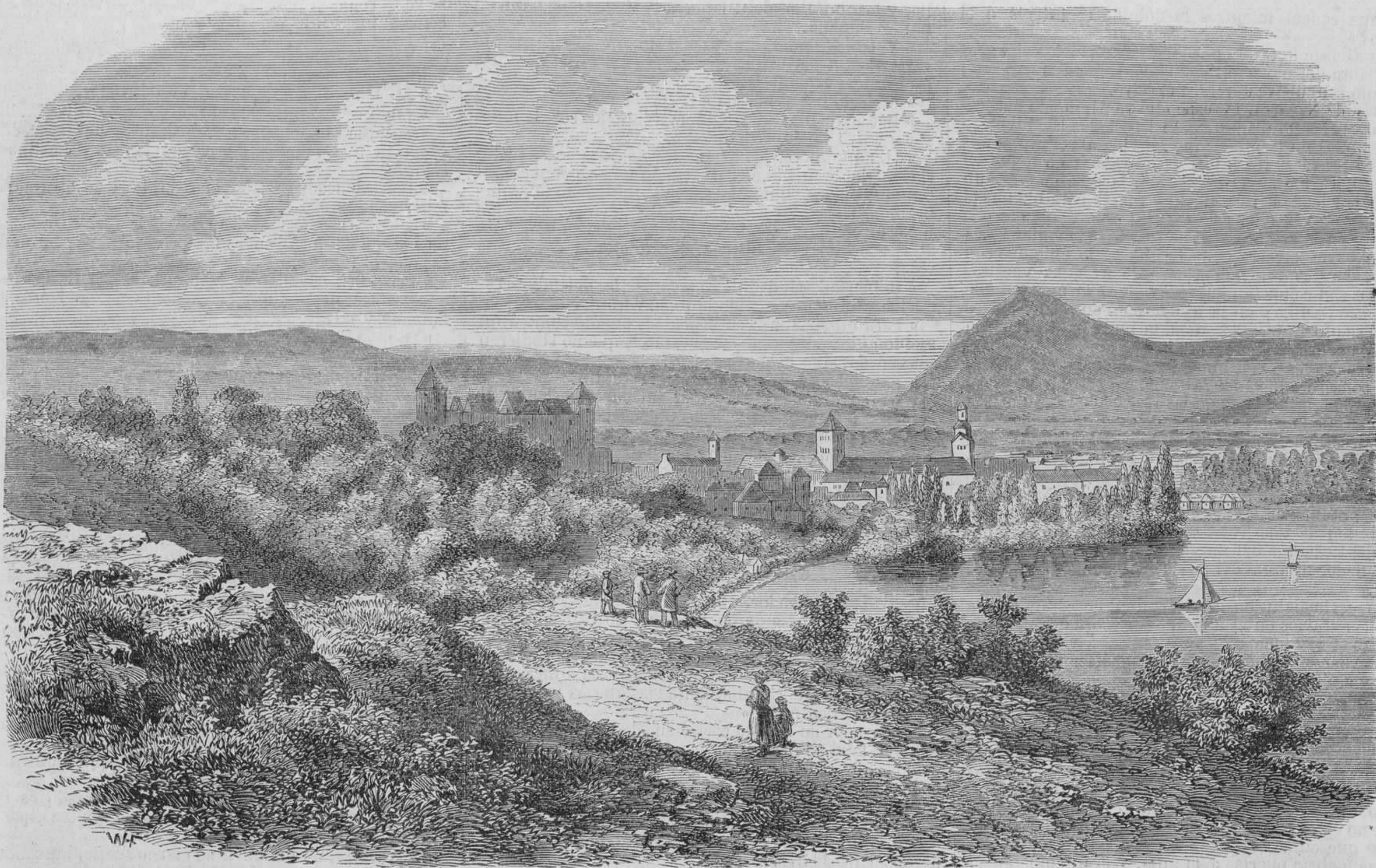
Chambery, capital de la provincia de este nombre y



EL VALLE DE CHAMOUNI.



LA CIUDAD DE CHAMBERY.



LA CIUDAD DE ANNECY.

de la Saboya, está situada en el Leysse y el Albano entre dos montañas á la orilla de una llanura fértil; esta ciudad es centro de una actividad industrial que relativamente es grande. No se distingue por ningun monumento digno de atencion; pero es una residencia encantadora por su situacion á la falda de los Alpes. El paseo del Vernoy, desde el cual se disfrutan los mas hermosos puntos de vista, es una de las distracciones mas agradables que pueden imaginarse en una ciudad que ofrece pocos recursos para un forastero. Chambery, cedido ya otra vez á la Francia, era capital del departamento del monte Blanco. En Chambery han nacido el historiador Saint-Real, el gramático Vaugelas y los dos de Maistre.

Despues de Chambery la poblacion mas importante de la Saboya es Annecy, á 40 kilómetros de Ginevra. Su posicion á las orillas del lago del mismo nombre la hace muy pintoresca. Rodeada de risueñas colinas, se extiende como en un nido en medio de un estrecho valle. Su aspecto es algo rústico.

Dos nombres ilustres la recomiendan: san Francisco de Sales, nacido en un castillo de las cercanías, y que fué obispo de la ciudad, y el ilustre químico Bertholet. En una de las plazas de Annecy se ve la estatua del sabio profesor que tanto ha contribuido con sus trabajos á los progresos de la química moderna.

Probablemente tendremos ocasion de hablar en breve de las demás poblaciones principales de la Saboya, que son: l'Hopital, Conflans, San Julian, Thonon, Bonneville, San Juan de Mauriana y Moutiers. M.

LA MUERTE

de una hermana de la caridad.

Ha muerto recientemente en Paris la venerable superiora de las hermanas de

San Vicente de Paul, sor Eulalia, á la edad de 57 años, y su fallecimiento ha inspirado el dibujo que acompaña á estas líneas. Sor Eulalia habia entrado en la orden hace treinta y nueve años, lo que equivale á decir que ha consagrado su vida al servicio del prójimo. ¿Qué biografías se podrian escribir si hubieran de contarse los actos de sublime abnegacion que se encadenan en la existencia de estas piadosas hermanas! Pero todos esos rasgos caritativos tienen lugar en la sombra, á la cabecera del lecho de los que sufren, lo mismo en los hospitales de las ciudades que en la humilde morada del pobre y hasta en los campos de batalla, donde las hermanas de la caridad asisten al moribundo que espira por su patria. Es propio de la virtud el quedar oculta. Así son las acciones de las hermanas. Pero en cambio las sim-

patías de las poblaciones las acogen y las acompañan por todas partes. X.

LA VIRGEN DE LAS AZUCENAS,

LEYENDA HISTORICA DEL SIGLO XII

POR DON JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

(Continuacion.)

Don Alonso bajó su cetro: el rey de Aragon fijó los ojos inquisitivos en el de Navarra, que habia oido impasible las palabras del astuto castellano.

Un momento duró el silencio.

« Rey de Castilla, contestó por fin Don Sancho: aun humean los límites de mi reino incendiados por tu codicia. Las tierras de la Rioja, encadenadas por tus manos, aun son esclavas de tu corona.

« Tú violaste la paz antigua, la buena fe y el derecho de las naciones; con tus soldados, llegaste casi hasta Cintruénigo; las murallas de mi castillo de Tudela, defendido por las márgenes del Ebro, me parecían de arena movediza, y temí cayeran al impetu de tu desmedida ambicion.

« A pesar de tus agravios, nos llamaste á darte ayuda contra los cien mil caballos y trescientos mil guerreros del Miramamolín. Condolidos de tu mala situacion, íbamos á tu socorro, cuando con soberbia inaudita, despreciando nuestro leal esfuerzo cerca de Alarcos, presuntuoso saliste contra el moro y le diste batalla.

« Tus estandartes rodaron por el suelo; dejaste llena de cadáveres la llanura, y perdiste á Toledo por no tener fe de amigo ni lealtad de compañero.

« Ahora, ¿á qué buscas nuestro amparo? ¿qué seguridad podemos tener en tu palabra, ni qué confianza en la mano que nos ofre-



LA MUERTE DE UNA HERMANA DE LA CARIDAD.

ces, que es leal mientras la domina el interés ó el miedo?»

Don Alonso de Castilla echaba fuego por los ojos; cada palabra del navarro iba á clavarsele en el corazón; la mano convulsiva apretaba el cetro.

« Rey de Navarra, le respondió reprimiendo el coraje; tus quejas no disimulan tu ferocidad; has olvidado que estamos en tregua y que no vine al confin de mis reinos á provocar tus injurias. Si tu mano en lugar del cetro quiere empuñar la espada, la mía no está aun helada por los años: en ella hay fuerza para blandir el hierro, y en vez de hacer cara al moro, meteré mis soldados en la escabrosidad de tus altivas montañas...»

« Reyes de Navarra y de Castilla, dijo entonces con gravedad y firmeza Don Alonso de Aragón: vuestras palabras son como la hiel; no quiero la amistad que me ofrece Castilla; no la ayudaré en su guerra; pero no me siento fraternalmente á la mesa para probar el acibar venenoso de los agravios.»

Iban los reyes á continuar la disidencia, destemplados y coléricos, llevando la mano del cetro á las espadas, cuando los obispos de las tres naciones, interesados en el buen acuerdo, llenos de dolor al oír las razones de los reyes, con la dulzura de la Iglesia vinieron á ofrecerles el pan bendecido por las manos del venerable obispo don García, diciéndoles:

— Buenos y cristianos reyes de Castilla, Navarra y Aragón: el Dios de los ejércitos necesita para su gloria de la unión de vuestros brazos; doblad ante la santa Cruz del Redentor del mundo las cabezas coronadas, que el Señor necesita del poder invencible de vuestros aceros.

Entonces la discusión tuvo término, encerrando cada cual sus agravios en el alma, y sin acordarse nada, se comenzó el banquete de los reyes.

¿Qué venenosa es la ira de los que disponen á su arbitrio y sin limitación de la vida y de la suerte de sus semejantes!...

¿Cuán diferente es la justicia, la prudencia y la bondad de los que mandan con la ley, viviendo bajo el amparo de su benéfica garantía, uniendo á los hombres por el respeto, la concordia, la civilización y la dulzura de la virtud!

Poco á poco fué disipándose en el semblante de los reyes, no en el corazón, la nube de odio y de resentimiento que cubría sus frentes; principió la humana flaqueza á abrir puertas á la gula, y la intemperancia á la dulzura del fragante vino de la Nava, Ainson, Peralta, Murchante y Calchetas.

Los pebeteros embalsamaban la llanura con el suave aroma de la mirra, el aloe y el cinamomo delicado. Ardían las antorchas de pino resinoso y las hogueras de olivo y de nudosas encinas, cuando el rey de Navarra levantándose de su asiento con la copa de oro en la mano, llamó á su lado al trovador de Tudela.

— Canta, le dijo, los primeros días de Vasconia. El trovador templó el laud: su mano arrancó dulcísimos sonidos á las vibrantes cuerdas, y así dijo con armoniosa voz:

« La eternidad oscura de los tiempos abre sus puertas ante mis ojos: allí están los límites del mundo y la historia de la creación.

» Todo se confunde en la noche de los siglos. Solo Dios resplandece en la inmensidad, y despues de Dios, entre las corrientes de luz interminable, los héroes de Vasconia y sus virgenes hermosísimas.

» Levántate del sepulcro, Anibal, tú, que al frente de legiones cartaginesas cercaste de hierro á la inmortal Sagunto, defendida por los romanos: nueve meses duró el combate; el fuego redujo á cenizas la ciudad entera, y los héroes que la defendían entre el vapor de las llamas volaron al cielo y divagan insepultos por el espacio.

» ¿Cuándo se acaba el espíritu grande del que muere luchando por la patria, con el hierro en la mano y la ira en el corazón?

» Anibal, tú eres valiente como un león, generoso como David, y por eso los vascos te acompañaron en tus luchas contra Italia; por eso nuestros padres, como manadas de tigres, con las cabezas desnudas, entraron contigo en los sangrientos combates, derramando por todos lados la desolación y la muerte.

» Sonó tu última hora, y la flecha del destino tocó tu corazón.

» Levántate, Sertorio, amigo de Mario... ¡Lucio Sila!... ¡Lucio Sila!... las montañas y las llanuras de la patria oyeron tu nombre para maldecirlo, y tu memoria estremecerá á nuestros hijos de generación en generación...

» Metelo y Pompeyo lucharon en ella. El trigo, los olivares y las viñas brotaron sus frutos anegados en sangre humana.

» Jamás el odio, la venganza y el amor á la independencia enardecieron con mas entusiasmo el corazón de los hombres.

» ¡Mis ojos se llenan de lágrimas á este santo recuerdo!...

» Reyes, ¿oís el eco tenebroso de mi lira?... Es que me ahogan las memorias de aquellos días tremendos. Los sollozos ahogan la vibración de las cuerdas, y mi mano apenas puede pulsarlas.

» Sertorio fué como el leopardo de los desiertos africanos.

» Su espíritu y sus ojos como los del águila. El capitaneó nuestros hermanos, vestidos de pieles de oso, y al levantar Navarra su cabeza, Roma se estremeció.

» Nuestras poblaciones lanzaron sus hijos á la bata-

lla, y las murallas de Calahorra la vasca se bañaron en sangre romana.

» Y sus legiones destrozadas fueron á esconder la vergüenza á las orillas que baña el Mediterráneo y á los límites germánicos.

» Sertorio fué el héroe de la gloria vasca.

» Roma inclinó la frente marchitados sus laureles por nuestro valiente caudillo.

» ¡Cuánta heroicidad llena las páginas de tu historia, patria de mis abuelos! ¿Quién no se estremece al contemplar las ruinas de Osma? ¿quién no se asombra á los recuerdos de Calahorra, sitiada por el hierro y por el hambre, donde el padre dejaba su osamenta al tierno hijo para sostenerle con ella la extenuada vida.

» Cubierta la ciudad de cadáveres, la defendían esqueletos humanos cuando la tomó Afranio.

» Para inmortalizar su crueldad, quemó como á un montón de aristas aquellos guerreros, que no rindieron sus espadas sino hechos pedazos.

» ¡Aquellas víctimas fueron navarras!...

» La tierra llana de Vasconia, talada y destruida al filo de la espada y cargada de cadenas, dobló al fin su cuello á la señora del mundo.

» ¡Perdió su libertad! pero vencida, conservó el derecho de nombrar sus magistrados y de gobernarse con sus antiguas leyes: ¡honor á Navarra, que desciende de esa generación de gigantes!

» ¿Quién podrá arrancarle nunca este derecho que constituye sus fueros?... ¿quién encadenará nuestros brazos, que defendieron siempre su santa independencia y su libertad divina?...

— Cállate, trovador, dijo el rey aragonés. Tu canto conmueve las fibras de mi corazón: no vibres mas las cuerdas del arpa. Necesito olvidar los días de luto y desolación de los siglos que pasaron. « La sangre derramada por el hierro extranjero no se seca nunca.

» Trovadores de Castilla, cantad las glorias y el amor de vuestros tiempos...»

El trovador de Medina corrió sus dedos por las cuerdas del laud ebúrneo.... Sus armonías eran alegres como las flores de la primavera; variadas y melodiosas como los trinos de los ruiseñores del Pisuerga.

El dulce trovador cantó con voz de oro:

« Pelayo, hijo de Favila, descendiente del rey Chindasvinto, fundó en Covadonga la silla de la monarquía de mis patrios lares.

» ¿Quién fué mas poderoso que él? ¿qué brazo empuñó con mayor valor la nudosa y vencedora lanza? ¿quién con mas audacia persiguió el oso en su oscura madriguera?

» El moro tembló al oír su trompa de guerra...

» Contra él mandó sus legiones como bandadas de buitres; pero Pelayo levantó el estandarte de la Cruz, empuñando con la diestra la formidable espada.

» ¿Quién pudo resistir su brazo, semejante al poder de los huracanes?

» Dejemos el recuerdo de sus batallas para cantar el amor de nuestros tiempos...

» ¿Qué hay en el mundo mas hermoso que el amor?...

» Coronada de siemprevivas y con las gasas de la viudez, Doña Urraca, heredera del trono de Castilla, dió su mano de esposa á Don Alonso el Batallador.

» El rey salía de las breñas de Navarra, y era taciturno y fiero como el jabalí del monte.

» Doña Urraca amaba al conde de Candespina.

» El viejo Asurez le habló de honor á la reina.

» Conde de Carrion, le respondió la reina, ¿qué te importan las manchas del lecho donde tú no duermes?

» El conde, despues de esto fué condenado á la indignidad por el odio de la reina; pero el rey tuvo celos en el corazón y comenzó á mirar de través como las hienas.

» La mala acción no es huérfana: siempre tiene compañera, y del primer adulterio nació el segundo amor del conde Gonzalez de Lara...

» El rey avergonzado, encerró á Doña Urraca en el Castellar, y anegado en lágrimas, salió á las batallas buscando alivio á su alma.

» ¿Qué tiene Don Alonso? decían los moros cuando su espada, templada en las aguas de Tudela, hacia brotar chispas á sus armaduras de damasco y vomitar á sus jekes el alma por las heridas.

» Celos de amor, respondían los soldados castellanos; y Don Alonso, taciturno, era el héroe de las batallas...

» En tanto Doña Urraca huyó del Castellar, abriendo sus prisiones con llave de oro, y envuelta en la oscuridad entró en Castilla y tuvo dos hijos, mientras Don Alonso batallaba en sangrientas guerras contra el moro.

» Como Doña Urraca habia manchado con adulterio el trono, Don Alonso vistió á su mujer con las tocas vergonzosas del repudio... ¡Fué justicia muy benigna todavía para tan mala acción!... ¡Desgraciada reina!

» El fatal conde don Gomez con los caballeros de Castilla, á la sombra de los derechos de Doña Urraca, salió á luchar frente de Sepúlveda con el invencible batallador.

» ¡Vanidoso caballero!... ¡Siempre los adúlteros son pretenciosos en sus cobardes y villanas acciones!...

» El estandarte real de Castilla, con las manos de su partidario Olea cayó á tierra; lo pisotearon los caballos del rey y lo levantó del suelo el noble Don Alonso, para luego, con el dolor clavado en el corazón, marcharse lleno de tristeza á sus montañas de Navarra....

» Toda España atravesó melancólico el guerrero, buscando paz para el alma desgraciada. ¡El amor que

se va es como la nieve que se derrite!... ¡Los celos son como el fuego!...

» Doña Urraca vivió adúltera y envejeció jóven.

» La palidez del vicio nubló su frente, y murió desventurada á la puerta de San Isidoro de Leon.

» ¿Debió acabar así la reina de Castilla?...

» ¡Dios también castiga el pecado de los reyes!...

» Los que tengan un corazón tierno y generoso, derramarán una lágrima de piedad por la infortunada reina.

» Don Alonso iba triste por todas partes buscando la muerte.

» Los moros le cercaron al pié de Fraga. « Gracias á Dios que llegó mi última hora, » decía el rey mirando el peligro...

» Pero diez caballeros, capitaneados por García Ramirez hicieron frente á las legiones de guerreros de Mahoma y salvaron al rey.

» ¡García Ramirez era nieto del Cid!... La buena sangre se luce siempre.

» Don Alonso queria morir!... Con trescientas lanzas volvió á atacar los ejércitos de Abem-Gamia, rey de Valencia y Murcia.

» En Polinillo lo rodearon los muzlimes, que eran numerosos como las arenas del mar, acometiéndolo por todas partes... Peleó como un héroe... para morir...»

» Adónde fué el rey Don Alonso despues de la batalla? ¿nadie envolvió su cadáver en el manto funerario? ¿Quién recogió del suelo su corona?... ¿Se salvó de la tremenda lucha? ¿En qué rincón del mundo está escondido el corazón de aquel león fiero de Navarra, tan batallador y tan justiciero?...

— Trovador, las cuerdas de tu laud parece que gocean lágrimas de sangre, dijo el rey castellano volviendo sus ojos melancólicos á las murallas de Agreda.

« No traigas á mi memoria los días enlutados de mi estirpe; canta el amor inocente de las doncellas, y deja la historia desconsolada de los reyes infelices...»

El cantor de Castilla descansó el laud sobre la tierra, mientras don Teobaldo, el poeta de Tudela, vibró melancólicamente las cuerdas de su arpa, y cantó con tristeza:

« Yo no sé las historias antiguas; lo pasado es la muerte, y la muerte se encierra en los sepulcros, porque quiere la paz y el silencio.

» Trovadores, no profaneis su eterno sueño, buscando consuelos para enjugar las lágrimas del hombre...

» En lo presente está la vida; en el pasado la muerte; ¡que no es mas que la muerte!

» En mi alma han depositado las amarguras un fondo de dolores, que á la menor impresion del aire de la desgracia se revuelve y llena de pesar mi pobre corazón.

» ¿Qué es, Dios mío, esta melancolía que enluta la existencia del hombre, por justo y misericordioso que sea?...

» Vosotros, los que llevais la corona engarzada en esmeraldas y rubies, ¿acaso no sentís en vuestra grandeza las horas amarguísimas de la pesadumbre, las horas de hastío, las horas tristes como el acorde melancólico del arpa y como el arrullo quejumbroso de las tortolas?...

» ¡Ay! ¡el dolor!... el dolor se nutre y brota como caudalosa fuente en el alma de los grandes, en el alma de los pequeños, en el alma de los ricos, en el alma de los pobres...

» En la copa misma de oro de los reyes, la última gota que seapura es de hiel... ¡sin embargo de ser ellos los bendecidos de la mano de Dios!

» Pero si la injusticia y la crueldad les ha hecho cerrar el oído al clamor del desgraciado, no es amargura lo que prueban sus labios, no... es fuego lo que abrasa su corazón, y su corona no es laurel que refresca, es una guirnalda de espinas que desgarran su frente...

» No quiero que las cuerdas de mi lira, entretejida de flores, floren al oído de los reyes... ni que derramen con su armonía las nieblas de la tristeza sobre sus venerandas cabezas.

» Enjugaré mis lágrimas para cantar los sucesos que veo venir al través de los tiempos... por eso me inspira Dios...

» La noche del pasado va disipándose: sus alas negras tienden el vuelo al Occidente, arrastrando las tempestades.

» ¡Qué claro amanece el día, entre mares de oro y de carmin, sembrando de brillantes las hojas fresquísimas de las flores!

» Yo amo la salida del sol, astro de la libertad, que disipa las sombras y da la vida al mundo; ¡bendito sea quien te arrojó á correr sin término por el espacio eterno!

» ¡Qué estrella tan brillante se levanta con él en los confines del cielo!... ¡Con qué pureza brilla envuelta en las nubes de topacio de la mañana!

» ¡De las tierras del africano despide sus magníficos resplandores!

» Mi inspiración es del cielo: ella adivina los tiempos que vienen.

» Los rayos de esa estrella abrasan desde el Africa el corazón del mas valiente de los reyes. ¿Porqué palidece, como la virgen que ama de lejos, encerrando su delirio en el secreto del alma?...

» ¡Oh tú, quien quiera que seas, á quien conmueve las lágrimas de la desgracia y por quien centellea en Oriente el astro regio! levanta los ojos á su luz hermosa: las estrellas del cielo son como las ilusiones de la vida...

«Me inspira Dios; mi canto es tu destino... oye, rey de Navarra...»

Pensativo estaba el rey, escuchando al trovador; de sus ojos saltaron dos lágrimas, que llegaron al alma de Don Alonso y del Aragonés.

¿Porqué se conmueve Don Sancho al recuerdo de una estrella de Oriente? se preguntaron los reyes confusos y recelosos.

— Teobaldo, dijo Don Sancho, toma mi anillo; guárdalo hasta que sobre esa estrella ponga mi corona.

Los reyes se miraron asustados...

El trovador dobló la rodilla, y en la mano del arpa colocó el anillo, grabado con el águila de Navarra.

La noche llegaba á la mitad de su carrera y la luna se escondía detrás de las cumbres del Moncayo, cuando los reyes se levantaron de la mesa del convite, y cada cual al frente de sus legiones, llena de desconfianza el alma, se volvió al centro de su reino.

Los trovadores alzaron sus arpas, y entonando canciones alegres, volvieron á las cimas de los montes y á los abrigados caseríos de la verde llanura.

Don Sancho VIII, el obispo don Rodrigo, el viejo don Forton, prior de Santa María, canciller de la corona, y don Teobaldo, seguidos de un escuadrón de caballeros, tomaron el camino de la murallada Tudela.

A los pocos momentos de tanto ruido y de tan grande fiesta, el silencio reinaba en la desierta mesa de los reyes, señalada para siempre en las inmediaciones de la antigua Agreda con tres mugas, que los hombres y el tiempo respetan providencialmente.

Eran las dos de la mañana, cuando á carrera tendida pasaban por una de las siete puertas de la ciudad de Tudela el rey Don Sancho y el escuadrón que lo custodiaba.

Las cadenas del castillo rechinaron; bajó el puente, y el rey entró en el patio del palacio, seguido de don Rodrigo, don Teobaldo y de su canciller don Forton.

El trovador besó la mano de su señor al llegar al umbral de la real sala, y salió de nuevo por el puente, dirigiéndose á la calle de Santa María Magdalena, para entrar en la primera casa de la travesía de Don Briz, que era la solariega muy ilustre de la familia de Urdianez.

LEYENDA DE LA VIRGEN DE LAS AZUCENAS.

I.

En la torre de los Albazares, último límite de la muralla antiquísima de piedra que dividía la gente mora de la de los cristianos, vivía Zaida Zimael Abderraman Zuleiman Yahya Ademeleck, descendiente de Zimael, rey de Tudela, de la familia de Fortuño, Iben Abdalaziz, hijo del valiente y desgraciado Muza.

Aquella torre, como un sepulcro cerrada para todo el universo, la ennegrecían los años y le daba tristeza la soledad, que acompaña siempre á la desgracia.

No había estandarte en sus altivas almenas, ni media luna en el asta, ni árabes en las garitas, ni flores en los minaretes, ni celosía entreabierta, ni luz ninguna al través de las cinco altas ogivas que decoraban el frente principal.

La ancha puerta que sirvió un tiempo de entrada, estaba clavada por dentro. Facilitaba la salida un estrecho postigo, custodiado por dos negros árabes; parecía que solo la oscuridad y la muerte llenaban aquel melancólico recinto.

Se adivinaba que allí pudieran albergarse seres humanos, viendo el denso humo que salía á borbotones por las claraboyas de la torre en una de las noches más claras del año 1196.

Eran ya las tres de la mañana cuando á la plaza llegó un hombre envuelto en un jaique color de ladrillo y calado de agua. Dió cinco golpes en el postigo de la torre; y sin respuesta ninguna, se abrió silenciosamente la estrecha puerta para dar entrada al encubierto, que cruzó el umbral, cerrándose á sus espaldas el postigo.

— Benjamin, son las tres, dijo con inquietud una voz angustiada desde dentro.

— Abenjerard, el rey acaba de acostarse, contestó el que entraba, dirigiéndose á un salón árabe sostenido por doce arcos y alumbrado por una lámpara de plata colgada en la pilastra del centro.

— ¿Y Zaida? preguntó el que entraba.

— Zaida, respondió Abenjerard tristemente, no ha cerrado los ojos al sueño; sin prorumpir un lamento, sin compadecerse de mis angustias, va perdiendo por momentos la vida... Benjamin, cúrame á Zaida y te daré mis tesoros.

— Abenjerard, dijo Benjamin, para el mal de Zaida no tiene medicamentos la ciencia. Si Alá no la ilumina, su muerte será pronta.

Abenjerard inclinó la cabeza sobre el pecho y entró con Benjamin en la sala, donde Zaida, tendida en un magnífico diván de pluma, sobre una piel de leopardo rodeada de cachemires, descansaba la cabeza en un almohadon de seda azul, recamado de oro y pedrería.

La mora, al oír pasos, alzó los ojos, que tenía fijos en los brazos encendidos del pebetero que perfumaba la estancia, clavándolos sin brillo sobre el viejo Benjamin.

— ¿Qué tienes, mi buena hija? le preguntó este amorosamente.

— Hastio, tristeza, le respondió, alzando los ojos al cielo.

— ¿Quieres morir tan jóven y tan hermosa? le dijo Benjamin.

— Sí, prosiguió la mora; necesito la soledad del sepulcro para curar la fiebre que me consume; estoy cansada de la lucha; tengo frío, frío que me hiela los huesos. ¡Benjamin, Alá no quiere apiadarse de mí!...

Abenjerard oía á Zaida, sin articular una palabra; lo ahogaba la pena; de sus ojos saltaron dos lágrimas que fueron á caer en la frente de la mora.

— ¡Abenjerard! exclamó Zaida tristemente; ¿llooras?... ¡ay! ¡tus lágrimas me abrasan la frente!... ¡pobre Abenjerard! dijo inclinando la cabeza sobre el pecho...

La sangre que se agolpaba á su enfermo corazón, le produjo un desmayo muy largo. Benjamin calentó en el pebetero la copa de oro, y sacando del pecho un frasco de cornalina, en una corta cantidad de espíritu echó unas gotas, que luego derramó en la entreabierta boca de la moribunda Zaida... A los pocos momentos la enferma volvió á incorporarse en el lecho.

— Sepárate de este lugar, dijo Benjamin á Abenjerard con acento solemne.

Abenjerard salió taciturno del cuarto.

Benjamin se sentó junto al lecho de la mora.

— Zaida, le dijo entonces, mi ciencia remedia los dolores y las enfermedades del cuerpo, no los males incurables del espíritu.

La mora alzó sus ojos negros; apartó de su frente las suaves trenzas de cabellos, relucientes como pluma de cuervo; dejó salir del corazón profundo y doloroso suspiro, y entreabriendo los labios, como claveles encendidos, para sonreír amargamente, enseñando dos hileras de dientes mas blancos que el ampo de la nieve, enlazando sus manos largas y ligeras como racimos de azucenas, le respondió con melancólica ternura:

— ¡Sí, Benjamin!... mi mal es incurable; no hay remedio para la herida; la tengo en el alma; aquí, dijo llevándose tristemente la mano al corazón.

Hizo una señal, y las esclavas que rodeaban su lecho se retiraron al momento cerrando las puertas.

Benjamin y Zaida quedaron sin testigos.

— Benjamin, le dijo, ¿quieres saber lo que me arranca por momentos la vida?... Oye mi secreto; guárdalo siempre... y Alá te maldiga si saliera de tus labios.

«¿Quieres saber lo que hace tres años me consume... lo que me quita el sueño... lo que ha puesto cárdenas mis mejillas... lo que ha secado la fuente de mis lágrimas... lo que acaba mi ternura de madre... lo que rompe el lazo que me ligó á Abenjerard... lo que concluye con mi gloria, mi alegría y las horas apacibles de mi vida? ¿quieres saberlo, Benjamin?...»

«¡Ay! no puedes adivinarlo, no... porque mi corazón ha estado cerrado como un sepulcro para todo el universo.»

«En él lo he escondido todo... he cubierto de hielo la superficie del volcan para abrasarme en el martirio, y así, nadie, nadie ha podido ver aquí dentro el veneno que me devora.»

«No hay quien conozca mis dolores, no. Ni una mirada, ni un suspiro, ni una lágrima, ni una sonrisa, ni un recuerdo, ni una esperanza, ni un lamento ha salido nunca de mis labios... nunca...»

«A nadie le ha revelado mi espíritu intranquilo y desesperado su mortal pesadumbre... á nadie.»

«Ni á la soledad en que me consumo, ni al cachemir que cubre mi seno, ni al pebetero que derrite las especias que respiro, ni á la luz que me alumbrá...»

«A nada del mundo le he dicho mi secreto, Benjamin, porque sabiéndolo yo, de mí misma tengo miedo.»

«Soy de la sangre de los reyes, me llamo Zaida Zimael, del linaje de Muza el árabe.»

«Nací para reinar, y no caerá la mancha de la deshonra sobre mi noble cuna; no, no, exclamó incorporándose agitada en el lecho; ¡pero el amor me mata, me mata cruelmente!...»

«¡Benjamin, Alá ha querido clavar su aguda flecha en mi corazón para que el martirio me despedace, derramando gota á gota sobre mis entrañas la miel del desconsuelo!...»

El viejo Benjamin miraba á Zaida con los ojos enternecidos.

— ¡Pobre mora! dijo levantando las manos al cielo.

— Sí, prosiguió Zaida; ¡pobre de mí!... este secreto me ahoga y me arrastra al sepulcro...

«Amo á un cristiano, dijo estremeciéndose: lo quiero mas que á mi vida; por él renegaría de mi Dios; sería cristiana, sí, cristiana...»

«En el palacio del rey Don Sancho lo vieron mis ojos; mi oído escuchó su voz, dulce como el acorde del arpa; llena de turbación fijé en él los ojos: los suyos, enternecidos, me dijeron: «te amo.»»

«Yo tuve miedo: creí que la judía de Samuel el agorero había hechizado los hilos de perlas negras que heredé de mi madre, y que llevaba al cuello con el talisman de Muza, y le besé diciendo: «Alá me guarde;» pero sentí la herida en medio del corazón.»

«Desde aquel momento, la sonrisa desapareció de mis labios: la melancolía se apoderó de mi alma.»

«Quise huir del cristiano; pero el cristiano, que cantaba al lado del rey Don Sancho, vibrando las cuerdas de su lira, me decía, lamentoso como el ruiseñor: «te amo.»»

«Y yo, Dios mio, bajando los ojos, dejé de mirar su

frente, para sumergirme en esta lucha espantosa en que me muero.

«Llamé á Abenjerard, y salí precipitadamente del palacio del rey.»

«Aquella noche no dormí.»

«Al día siguiente luché con su recuerdo, que venia á turbar la paz de mi alma.»

«A todas horas tenía al cristiano delante de mis ojos.»

«En todas partes lo veía.»

«Abri el Corán, buscando en sus páginas consuelo; pero en cada letra del santo libro, leía: «te amo.»»

«Me fui á orar á la mezquita, y en la oscuridad solitaria del templo oí su voz que me decía: «te amo.»»

«Llamé á mis hijos para que su inocencia espantase al demonio del mal que me perseguía, y teniéndolos estrechados en mis brazos, oí su voz, diciéndome: «te amo.»»

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Lucha entre los vestidos huecos y los vestidos estrechos. — Los sombreros bordados de oro y los sombreros de primavera. — El calzado de verano. — De la ropa blanca. — El fichu Ana de Austria y el fichu Fontanges. — Descripción del figurín de este número que representa un traje de soirée y un traje de primavera.

La moda está á punto de operar una revolución importante. Hay una lucha entre las faldas huecas y las estrechas, y no se sabe aún cuál se llevará la palma. Una revolución en el vestir no se hace en veinte y cuatro horas. Por mi parte dudó que lleguen á dominar los vestidos del primer imperio, pues nada es tan poco gracioso como esa vestidura estrecha y mezquina como la fundá de un paraguas. En este caso se acabaría el lujo. Un vestido hueco es muy elegante; hace delgado el talle, y los pliegues de la falda son caprichosos y encantadores. No habría mas que una cosa que hacer para que fracasara la tentativa de los vestidos estrechos, y es presentar á nuestras elegantes las figurinas de muestras abuelas. Entonces verían lo ridícula que es la tentativa actual. Concedo que el abuso de la crinolina ó miriñaque ha sido excesivo; pero no por eso hemos de caer en el extremo opuesto.

Se ven ya en París muchos trajes verdes y de color de lila, los dos colores que anuncian la primavera. La mayor parte de los sombreros están bordados de oro. El oro hace furor. Se llevan cinturones de oro, peinetas con calados de oro, diademas venecianas de oro, hebillas de oro, corpiños recamados de oro: las parisienas se adornan como ídolos indios.

El cinturón de oro con doble hebilla bizantina es muy elegante; pero yo no puedo admitir los sombreros con oro si no es para ir en coche.

Pero el reinado del oro no durará mucho, pues ya aparecen las florecillas de mayo, que se disponen en coronas y en diademas. La corona rodea el fondo del sombrero, y la diadema el contorno interior.

¿Cómo el oro ha de sostener la lucha con las flores?

Las mujeres distinguidas no llevan sombreros dorados.

Y sin embargo, he visto un sombrero blanco y oro que es de una suprema elegancia. — Es de paja de arroz, y lleva por adorno una drapería de tul ilusión y un velo rizado por detrás con pequeñas guirnaldas de narcisos blancos con matices de oro.

En cuanto á los demás sombreros, voy á describir algunos que son otros tantos modelos de buen gusto y de elegancia.

— Un sombrero de tul bordado y con jaretas con adorno de encaje negro sobre el ala. Por un lado lleva dos plumas blancas y negras sostenidas por alfileres de oro mate. En el interior un pouff de terciopelo azul, de encaje negro y bolas de oro. Cintas blancas.

— Una capota de niña de tul blanco con bavole de tafetan negro. Sobre el ala dos rúches de blonda y encaje negro formando cintas y sosteniendo dos rosas abiertas. En el interior bandó de blonda y de encaje negro con rosa por un lado. Cintas negras.

— Un sombrero de tul blanco con jaretas y barbas de encaje negro flotando sobre dos ramilletes de violetas de Niza y de yerbas verdes. Por un lado cintas de tafetan malva que se anudan sobre un bavole de crespón malva. En el ala ramillete de violetas y yerbas verdes, en cocas de blonda y encaje negro.

— Un sombrero catalán de paja de arroz con fondo de tul y doble catalana de encaje negro y blonda blanca, con una corona de follaje y frutas verdes. En el interior cocas de encaje negro, follaje y frutas. Adornos de blonda y cintas blancas.

— Un sombrero andaluz género capota de tul con jaretas y adorno de encaje negro y blonda blanca. Sobre el ala una cinta de tafetan negro por un lado, y otra de tafetan color de rosa por el otro.

— Un sombrero de crespón verde adornado con plumas verdes por un lado, sostenidas por una cinta de encaje negro. En el interior ruche de encaje negro. Blonda blanca y ramillete de primavera. Cintas verdes.

— Por último, un sombrero de crespón blanco y malva adornado con una drapería de tul ilusión que pasa por un broche de crespón malva sostenido por una hebilla de oro. En el interior diadema de violetas de Niza. Cintas de color adecuado.

Hace tiempo que no he dicho nada del calzado y de la ropa blanca.

Salvo algunas zapatillas de fantasía y algunos zapatos elegantes, las botitas, que son el calzado general, no pueden renovarse como los adornos de un sombrero. Lo que da una superioridad artística á la botita es su forma arqueada, graciosa, elegante, única que tiene el poder de adelgazar el pié sin tenerle estrechado.

Para paseo á pié se usan botitas de piel de cabra negras con pespunte blanco y tacones ordinarios, y se llevan tambien botitas Balmoral con tacones Luis XV, muy ligeros y graciosos. Para los baños de mar y el campo se hacen botitas de un nuevo género con botín de lienzo y zapato de piel de cabra adornado con un lazo encima. Este mismo género se repite con botines de seda y con zapatos dorados para vestir. Además se hacen botitas de tela del color de los vestidos, cuya moda las hace variar hasta lo infinito.

En cuanto á las zapatillas se hacen de un lujo extraordinario.

Las hay de cabritilla de color claro forradas de seda blanca, con entredos de encaje y ruche de tafetan; — las hay de taflete encarnado con grandes lazos de cinta; — de piel dorada con bordados de azabache; — de lienzo forradas de seda de todos colores en armonia con los vestidos, y por último, se hacen de azul de China bordadas de plata mate y guarnecidas de franjas de plata y de cintas.

Olvidaba decir que para calzado en los baños de mar se hacen zapatos Luis XIV muy cubiertos, con hebillas de acero ó hebillas bizantinas.

El género bizantino domina en las joyas. No cuesta caro y tiene una bonita apariencia artística.

Las señoras de gran tono le aprecian mucho para hebillas de cinturón, peines con galería, cruces, botones de mangas, collares y pendientes.

En cuanto á la ropa blanca varia sus modelos de cuellos y de mangas segun la forma de los vestidos.

Las papalinas pequeñas se hacen redondas con mariposas de tul y cinta de terciopelo formando lazo sobre la frente. Es el género Carlota Corday. Otras se hacen con el doble «fanchon» de blonda y encaje negro, y ruche de blonda al rededor con lazos de cinta ó adorno de flores por un lado.

Las mangas se hacen á pliegues menudos y con entredos de bordado ó con volantes. Las camisas con pecheras de bordado y de valencienas.

La ropa blanca de por la mañana consiste en vestidos de jaconas, género amazona, con pequeños pliegues y entredos de bordado y valencienas; ó bien son vestidos parisienses de jaconas con pliegues menudos y volante de jaconas al rededor.

Cuanto mas sencillas son las prendas de ropa blanca, mas perfecta debe de ser su hechura.

De cosas nuevas en este artículo puedo citar varios modelos, á saber: — un adorno Maintenon compuesto de un cuello estilo Luis XIV, y de un par de mangas formando como una especie de mitón de bordados y bullones de muselina.

— Un fichu Ana de Austria de muselina plegada orlado con una cinta azul ó un terciopelo negro, y que pasa bajo unos broches de guipure con volante de guipure. A la punta del fichu hay un lazo de muselina de puntas largas que adorna la falda y sirve de cinturón.

— Un fichu Fontanges de tul ilusión describiendo rayas separadas por cintas de color de rosa prendidas á cada lado por una hebilla de cinta. Este fichu se cruza de lado, y remata en un lazo de cinta de color de rosa con largas puntas flotantes.

El mes próximo hablaré de los vestidos. Entre tanto llamo la atención sobre nuestro figurín representando dos bonitos trajes de primavera.

El uno es de soirée y el otro de paseo.

El primero se compone de un vestido de gasa de Chambray blanco nacarado sobre trasparente de tafetan malva. La primera falda lleva cuatro gruesos bullones bajo los cuales pasan cuatro volantes de tafetan con un bonito rizado de tafetan malva. Sobre esta primera falda cae una túnica recogida de lado á la ramilitera por medio de dos cintas malva que parten de la cintura. Cuerpo de tafetan malva con esclavina Ana de Austria rayada de cinta malva y adornada con un rizado de gasa. Mangas Mariton recogidas con una cinta malva. Brazaletes bizantinos. Guantes blancos con dos botones de amatista. Pañuelo á la Mariscalá. Tocado de tul ilusión

cida de encaje con adorno de pasamanería de paja. Mangas anchas y cuadradas abiertas de lado. Guantes amarillos. Botitas de cabritilla color de castaña dorado, abotonadas de lado.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Melancolía.

La melancolía es una predisposición absoluta que tienen las almas tiernas á replegarse sobre sí mismas, á alimentarse con las quimeras de una imaginación

inquieta, con las angustias de un corazón doliente; es en cierto modo el sensualismo en el dolor. Nace de las grandes pasiones engañadas.

El recuerdo siempre vivo, siempre presente de un bien que no puede alcanzar, pero que en sus sueños cree poseer todavía.

Los poetas tiernos han cedido todos á ese afecto singular. Dejemos llorar á los afligidos; sus ayes son poemas.

Werther, René, Obermann son los primogénitos de esa familia desgraciada.

Otros antes que ellos fingieron el dolor, como las lloronas de oficio que simulan el luto en funerales sin lágrimas; Goethe y Chateaubriand le dieron una belleza escultural que será eterna.

Entra por mucho la imaginación en la melancolía; ella le presta tanto hechizo en los corazones engañados; padecer, y cubrir el padecimiento con una imagen, con un recuerdo; — esa es la poesía.

Las tristes hijas de Atlas y de Etería derramando lágrimas inagotables despues de la muerte de Hyas, dan señales de un dolor que no admite esperanza. La melancolía es por el contrario, una tristeza dulcificada por la ilusión; en la nada encuentra todo lo que llora, todo lo que ha perdido.

Mirad esa mujer joven, hermosa y doliente; ella es la melancolía.

El estado de sus vestidos anuncia el desorden de sus ideas; pero su actitud pensativa indica que en el caos en que está sumergida su alma, un pensamiento único domina su tristeza. Necesita el silencio de la soledad y de las ruinas; quiere meditar, y no trata mas que de derramar exteriormente la aflicción que la inunda. Su consuelo es encontrarse en presencia del objeto mismo de su dolor.

Se enternece y no llora.

¿Qué es lo que sostiene su flaqueza y hace que su corazón no se quebrante?

Esta mentira tiene para ella un sabor áspero, pero suave como ciertas frutas silvestres, y la demuestra con un goce voluptuoso.

No trateis de distraerla de sí misma; pues tiene escrito en su corazón con caracteres eternos: melancolía.

Todos los que habeis amado y sufrido, habeis experimentado en el abatimiento que sigue á la pasión, la influencia de esta inercia moral que quita al alma toda su actividad, y solo deja fuerzas al recuerdo.

B.



[LA MELANCOLIA, DIBUJO DE M. FEROGIO.

y de violetas de Parma con alfileres de bolas de oro. Zapato blanco.

Segundo traje. — Vestido de tafetan verde primavera con cinturón de oro y broche bizantino. Este vestido va guarnecido con un gran volante en el bajo de la falda, y lleva arriba tres ruches separadas unas de otras con un galon caprichoso. Mangas Imperio de un nuevo estilo. Cuello y mangas de muselina bordada. Sombrero de crespon blanco cubierto de encaje negro con borde de terciopelo. Cintas de tafetan verde. Capa Luis XV de tafetan negro, cubierta con tres volantes de encaje de Chantilly, y una esclavina guarne-